

ASTURIAS, TIERRA PRIVILEGIADA

POR

ENRIQUE DE EGUREN Y BENGEOA

CATEDRÁTICO DE GEOLOGIA Y BIOLOGIA

He aquí contenida en breves y reveladoras palabras del tema, la inicial impresión que surgió en mi mente, la primera expresión que senté, en el momento que concebí ocuparme—en cierto modo y desde determinados puntos de vista,—del pasado, presente y futuro asturianos.

Permitidme pues, coteráneos de este solar, que sin más título que el de muy modesto naturalista; dejando a un lado el recuerdo de cuantas acotaciones y notas me inspiraron muy particulares aficiones; haciendo caso omiso de cuantas referencias obtuve de quienes de cerca o lejos rozaron asuntos análogos; que sean otros agentes más íntimos, los que me impulsen a enunciar ideas y denunciar afanes que brotan con espontaneidad y sin ciega pasión.

Y, ante la invitación para tomar parte en este Curso de Verano de nuestra Universidad, dejadme que vuelque en la presente ocasión, por una parte todo el sabor asimilado, y unido a todo un ahincado sentimiento de otra, como afectos manifiestos de los que participa, quien—creo sin temor a equivocarme, que cuento para ello con vuestra aquiescencia y beneplácito,—cada día más y mejor, se siente injertado en el ambiente propio de «la tierrina».

He de dejarme guiar y conducirme exclusivamente, por la admiración que causa el conjunto de tesoros naturales que encarna el recinto asturiano; por la pasmosa grandiosidad y quebraduras de su relieve geofísico; por la exuberante riqueza contenida en el subsuelo solariego; por la asombrosa feracidad de sus vertientes y valles, en justa y evidente congruencia con la fecundidad zoogerminativa.

Un todo, en suma, dechado de belleza y esplendor, venero de potente riqueza y lozanía vital, que descubre la marcha de los pasos naturales como obra del tiempo, en la ingente armonía nacida de la obra de la Naturaleza para el cuadro biogeográfico asturiano.

Sin embargo, conviene tener presente, que todo lo apuntado no constituiría patente y plena realidad, sin el complemento imprescindible de los otros concurrentes ecológicos, y como derivado de la situación geográfica. A tal efecto, no puede olvidarse el muy frecuente adusto celaje, y por variado siempre definido, que refleja las continuas variantes en que se manifiesta la zona meteórica, de cuyas abundantes precipitaciones en número y calidad, recibe el codiciado riego un suelo y subsuelo, muy amenudo ahitos de agua, más bien que de humedad.

Pero todo ese cúmulo—según los casos,—de nubes o nieblas; todo ese arsenal meteórico que vierte el oro acuoso sobre la región, es producto climático natural de muy diversos factores. Tales son: la posición litoral, la influencia atlántica, la abundante vegetación, los frecuentes e impetuosos cauces de agua por el elevado frontispicio con que el solar se encuentra rematado a mediodía, y que encauza hacia una cierta regularidad el régimen de vientos.

En resumen, todo un conjunto armónico de causas y efectos naturales, que se traducen en ese flujo y reflujo con que el agua desciende y revaloriza el terreno, para vaporizada después de cumplir su vital misión, ascender de nuevo a formar parte del nuboso casquete, al que por lo general, se presta el reducido horizonte asturiano a excepción de la zona costera.

Y siempre todo ello, muy a tono con el marco de pronunciado

desnivel que a Sur fija el ríscoso espinazo del Pirineo astur, como formidable e impertérrito bastión contra la irrupción sísmica de procedencia meridional. En tanto, al Septentrión, queda el linde encomendado a la costa tajante y frecuentemente abrupta, acomodada para batir las embestidas del embravecido Cantábrico.

Pero no pretendo dedicar loas a Asturias y mucho menos, en la forma envidiable como tantos lo han hecho, y en modo, de todo punto para mí inasequible. Solo por medios hábiles, trato de ensalzarla con enjundia capaz de reflejar su valor.

Y aprovecho la ocasión para llamar la atención hacia ciertos hechos, que si de por sí poco aparentes, en cambio encierran esencial significación, puesto que constituyen motivo fundamental de realidad actual, y por tanto de franca, plena y aún sobrada prueba de actividad para el futuro, por posible saturación de todo género de elementos de vida.

En este sentido de ideas y cosas, no es posible desprenderse de la condición circunstancial, por abrumadora, en que se mantienen sumidos los embarazosos días que vivimos. Y, al proclamar a Asturias como emporio de verdaderas riquezas naturales, aparece manifiesto como de evidente utilidad práctica, el objeto de mi—por pie forzado,—un tanto amplia exposición.

Es mi intención, la de conectar una realidad viva y patente, con otra fatal y apremiante. Deseo mostrar el medio claro y seguro de servir imperiosas necesidades; de remediar en buena parte presumibles déficits anejos a un futuro inmediato. Es modo de pretender restablecer el perdido equilibrio, que en todo momento recupera el fiel que mantiene la mútua solidaridad entre el trabajo de las diversas riquezas naturales, y la vitalidad derivada de sus variadas producciones.

Y, a tenor de lo que precede, como sano y provechoso consejo, me considero en el caso de enunciarlo así: No olvidemos que, por lo que aprendimos ayer, y estamos conociendo al presente, debemos—ineludiblemente—, prevenirnos para el mañana.

ASTURIAS, COMO OBRA DE LA NATURALEZA

Desde el primer momento se impone la afirmación bien sentada, que lo que Asturias es y representa, es como inicial conjunto, obra propiamente natural.

En realidad—mediante vulgarización de conceptos,—constituye el resultado de la continúa actividad con que a través de los tiempos, los diversos y muy variados agentes naturales, han sometido y someten al contenido terrestre, designado históricamente como asturiano.

Bien es cierto, que el problema tan reducidamente limitado en su planteamiento, no constituye motivo de una exclusiva caracterización. Pero sin embargo, participa de más de una típica y pronunciada facies, que contribuyen a distinguir el recinto aludido de sus zonas inmediatas.

Resulta difícil compendiar en escueta visión, lo que pudo ser Asturias, antes de ser hollado su suelo por el pie humano. No obstante, un elemental deber profesional, me obliga a tratar de desentrañar en breves palabras, algo de lo que ha supuesto ese complejo y lejanísimo pasado.

Al efecto, y para más fácil orientación, parece lógico proceder del momento conocido hacia el más desconocido, del inmediato al más alejado. Pero aún así, no conviene olvidar, que en ese ayer relativamente próximo, que sirve de punto de partida, se hallaba ausente el hombre, ya que no le había llegado todavía el turno a su aparición, en la magna—y tanto más asombrosa cuanto mejor conocida,—obra de la Creación.

A fin, pues, de fijar ideas y conceptos en relación con la posible medida del tiempo, conviene sentar que, a través de la existencia de la tierra designada como astur por reciente denominación, puede calcularse como comprendido entre los tres y cuatro milenios a nuestros días, el momento en que este solar comienza a sentir la influencia de la mano del hombre en un doble carácter agropecuario, y beneficios inherentes a tal intervención.

Pero el hecho señalado y su cronología, no se halla en pugna con otra circunstancia precedente. Se refiere ésta, al caso de que el hombre, mucho antes —con relativa aproximación a un par de decenas de miles de años—, había procedido a tomar posesión del recinto asturiano de hoy.

De ambos acontecimientos, será ocasión de ocuparme más adelante con cierto detalle. Pero su referencia en este momento tiende a expresar, que ambos lapsos de tiempo, representan un período que puede considerarse como irrisorio si se compara con la cifra de muchísimos miles de años precedentes,—sin posible control cronológico,—en cuya época el territorio asturiano existió a la luz de los tiempos, no como escenario humano, pero sí como asiento de muy abundante vegetación y considerable fauna.

Ante el enigma que descubre ese oscuro pasado, para el que resulta inútil por estéril e imposible toda pretensión de cotejarlo mediante el sistema cronológico al uso, no queda más remedio que para sistematizarlo, valerse de otro recurso, fundado en la aparición y consideración del dato positivo.

Este dato, sin antojársenos ser medido y puntualizado, permite denunciar el pasmoso metamorfismo experimentado por un larguísimo proceso natural. A su vez, para explicarlo no se necesita recurrir a un esfuerzo imaginativo, condición ésta que en la mayoría de tales casos, carece del viso esencial que posee el verdadero matiz científico.

Poco importa pues, la expresión del tiempo, si lo que se logra fijar con conocimiento de causa, es la sucesión de fenómenos acaecidos. Situación casuística es la apuntada, muy frecuente en el estudio de las ciencias de la Naturaleza. Así, por ejemplo, es caso análogo, el que atribuye una importancia secundaria al conocimiento de la esencia de la vida, en tanto se estima de capital interés y marcado relieve para ser, cada día mejor conocido, el por qué y cómo se vive.

Por tanto, con arreglo al criterio antes expuesto, es precisamente en el seno de la entraña terrestre, en el contenido de su es-

pesor, donde aparecen y se muestran a examen para su catalogación, las pruebas inequívocas y manifiestas de cuanto vivió sobre la mayor o menor superficie, emergida o sumergida, del solar astur en sucesivas edades.

Mediante este procedimiento indirecto, logramos asomarnos a descifrar el laberíntico problema, que plantea el profundo trastrueque que deja advertir con frecuencia el subsuelo asturiano.

Y su observación, denuncia con evidente positivismo, que en la ininterrumpida sucesión de los tiempos, no todo se deslizó en el rincón astur con tranquilidad y reposo. Muy al contrario, los períodos geológicos de una a otra época trascendieron con efectividad catastrófica, de tal modo que los cataclismos geofísicos ocurridos, determinaron la transgresión de continuidad, dando lugar a veces a esa rajante transposición de terrenos, que permite hoy facilitar la delimitación inicial y final de cada período sucesivo.

Pero no es posible, por ocasión ni por brevedad, señalar en detalle cuanto concierne al dinamismo del subsuelo de la región asturiana. Región asturiana se ha expresado; hoy, como tal, claramente definida y conocida. Pero, allá, en su remoto pasado ¿tuvo Asturias la misma tierra firme de expansión que en la actualidad? ¿No participó en otros tiempos, de una repartición de aguas y tierras, diferente a la actual?

Así es, efectivamente; como tal lo demuestra con toda certeza la presencia de numerosos restos fosilizados de procedencia marina, que se hallan hoy en plenas formaciones sedimentarias, que tuvieron su origen en los fondos marinos o lacustres. Estos fondos diversificaron su expansión por el actual territorio astur, de muy diferente modo en las sucesivas edades geológicas; o sea, que no coinciden los linderos actuales con los de épocas precedentes, en las que a su vez fueron distintos los lindes de una y otra.

A este respecto, únicamente se reconoce una excepción; es posiblemente debida, al hecho de una menor duración de tiempo en la sucesión de las dos edades consecutivas más recientes. Así, en la

edad precedente a la contemporánea, es decir en la época cuaternaria, en la que el hombre testimonia su existencia en Asturias, la repartición geofísica del solar es idéntica a la actual.

No sucede lo mismo para época anterior, la terciaria o cenozoica; cuya existencia aparece denunciada por las formaciones nummulíticas del Oriente asturiano, desde Colombres hacia Rivedeva y San Vicente de la Barquera. No deja de constituir motivo de discusión acerca de tal referencia paleontológica, el hoy vaciado por extinguido yacimiento yesífero, cuyo relleno ocupan las proximidades de la trinchera del F.c. del Norte e inmediaciones del Stadium de Buenavista.

En período anterior, de todas las formaciones secundarias, la más reciente y de mayor amplitud es la cretácica, del grupo mesozoico. Partiendo de un manchón aislado en Grado, se extiende en faja que abarca desde San Claudio al W. de Oviedo, por Llanera y Meres, Noreña, Siero, Infesto a Cangas de Onís y aún más al E. Su máxima anchura de N. a S. corresponde entre Llanera y San Esteban de las Cruces.

En esta zona aparece implantado Oviedo, cuya peña caliza del subsuelo se manifiesta aflorada, entre otros lugares, en el Campo de San Francisco; sin llegar al cuarto de metro, en el subsuelo de la antigua Escandalera; bajo la losa de pavimento del patio de esta Universidad; y sobre dicha peña natural descansa la antigua muralla, cuyos restos todavía aparecen manifiestos sobre la actual calle del Peso en dirección hacia la desaparecida cárcel de la Plaza de Porlier; en la trinchera de la estación del F. C. del Norte; etc., etc.

En las localidades antes enunciadas, se muestra en abundancia la creta blanca, acompañada de numerosos fósiles de procedencia marina. Adornados de tales incrustaciones, se aprecian con toda claridad los sedimentos cretácicos, que fueron removidos al abrir los cordones de atrincheramiento en las inmediaciones de Oviedo.

En cambio, las formaciones anteriores, jurásica y triásica, son mucho más reducidas.

Así, el jurásico, se extiende mediante manchones desde Avilés,

interpuesto en el triás y lindando con el cretácico desde dicha yilla y Gijón. Con mayor amplitud se manifiesta a partir de la Collada a la costa, para reducirse en faja cada vez más estrecha desde Villaviciosa por el litoral hasta Ribadesella. Es característica la pudinga grisácea, que cuando aparece en masa, se la conoce en el lugar con el nombre de piedra «fabuda».

Los terrenos más antiguos triásicos, con sus tonos rojizos, pardos y verduzcos de las margas y areniscas irisadas, son conocidos de antiguo por la denominación de «corea». Se extiende a S. del jurásico, desde Ribadesella con su máxima expansión en Villaviciosa, para luego interponerse con pequeños manchones en Sama al S., y entre terrenos jurásicos y devonianos llega al W. de Avilés.

Remontándonos a época anterior, interesamos los terrenos paleozoicos o primarios de muy distinta significación a los anteriores, por el hecho de su notable extensión por el recinto asturiano.

De todos ellos, responde como formación más reciente la propia del antracolítico, vulgarmente conocido por carbonífero.

Por el momento, he de limitarme a enunciar su extensión. A tal efecto, no puede menos de señalarse por su interés y característica, la alargada aunque estrecha faja que comprende a Tineo, Cangas y Posada, de N. a S., interpuesta en pleno terreno siluriano.

En otro sentido, partiendo en la zona central de Asturias de la raya leonesa por natural expansión en ambas provincias, sigue hacia Oriente hasta la raya santanderina; a S. del cretácico, o transponiéndolo en su zona oriental, llega a la costa. He ahí la gran área de expansión del carbonífero asturiano, que bien puede decirse, abarca una tercera parte de su solar. La caliza antracolítica, la típica pizarra, son características esenciales y elementos denunciadores, de una de las riquezas asturianas.

Si del que podría decirse meridiano central astur, se conduce la observación hacia Poniente, se manifiestan las formaciones de mayor antigüedad, a medida que se avanza hacia el Occidente asturiano. Como amplia faja de S. a N., se extiende el devónico desde Peña Obiña y aún más al W., en Pola de Somiedo, hasta llegar a

Avilés, para mostrarse con manifiesta caracterización en la costa del Cabo Peñas, en Candás y Cabo Torres.

Y fácilmente distinguibles son sus margas, pizarrillas escamosas y calizas, en tonos rojizos y grisáceos.

Las formaciones precedentes, cámbrico-silurianas, comienzan en la raya gallega extendiéndose por la costa hasta la orilla izquierda del Nalón, y formando arqueadas fajas desde el N. W. de León. Son bien conocidas al efecto, las pizarras de Navia a Luarca, así como las cuarcitas de ésta última a Canero.

Finalmente, queda por señalar la formación más antigua, que constituye el macizo primordial en la historia terrestre. No falta en territorio asturiano, y puede considerarse como derivación del eruptivo gallego, agnostozoico por razón de su carácter, e integrado por formaciones graníticas, feldespáticas y aún metamórfico-neísicas, que casi coinciden en el límite de ambas provincias litorales y colindantes, la lucense y asturiana. A este respecto podría considerarse el Occidente astur, como natural desgaje del macizo cristalino primitivo gallego. Los yacimientos graníticos son bien aparentes en la costa de Tapia, en la Sierra de Penouta, en las inmediaciones de Salas, y el que sirve de asiento a la Pola de Allande, entre otros más reducidos.

Al dar fin a esta breve reseña de la tectónica asturiana, cabe preguntar ¿puede ser considerada como carente de interés al objeto inmediato del tema propuesto?

Si a primera vista, este escaeto enunciado podría parecer inoportuno, basta fijar la atención en el propio motivo de estudio de la geotectónica, para deducir que son suficientes las ideas esbozadas para expresar la característica de todo elemento inicial, del que arranca el fundamento básico de otros factores esenciales de producción natural.

LA RIQUEZA DEL SUBSUELO ASTUR

La breve síntesis expuesta de la tectónica asturiana—cuyo concepto puede expresarse como: la constitución arquitectónica del

cimiento sobre el que se asienta el suelo astur,—permite reconocer, aún sin haber entrado en su detalle, la gran variedad de sus constituyentes elementos geológicos.

Es suficiente tal enunciado para demostrar que, en el amplio área comprendida entre los meridianos límites del recinto astur, quedan contenidos todo género de materiales calizos de muy diferente constitución estructural, muy a tono con el empleo más o menos tosco o delicado a que son destinados.

Merecen especial mención las variedades marmóreas dedicadas a la ornamentación; y en particular, el tipo hidráulico, cuyo laboreo, se traduce en el saneadísimo rendimiento que alcanza el cemento en nuestros días.

Si la presencia del silicio en las llamadas menas metalíferas, constituye motivo de desaprovechamiento de cierto número de yacimientos, es precisamente ese elemento, como de los más abundantes en la Naturaleza, que entra a formar parte de las numerosas rocas silicosas, que especialmente afloran del Centro al Poniente asturiano. Al efecto, no es para olvidar la Kersantita asturiana de Occidente, por su propia característica; y la oportunidad de señalar a su vez, como sirve de asiento a la Molibdenita.

Aún cuando las masas compactas de cuarcita no han merecido por lo general una utilización inmediata, no sucede lo mismo con las formaciones graníticas y dioríticas, que por su difícil alteración constituyeron en todo tiempo motivo de aprovechamiento para muy diversos usos.

Al reseñar las rocas del recinto asturiano, como elementos de valioso aprovechamiento, no puedo menos de dedicar unas palabras a una roca que no he logrado localizar en Asturias, pero sin embargo, las referencias obtenidas, permiten deducir que existe.

De ser así, su utilización acarrearía una verdadera revolución en la vasta red de carreras asturianas.

Y tratando de buscar el sentido práctico al caso ¿me será permitido señalarlo como ejemplo de evidente negocio? Tal vez así,

sea el modo, no solo de avivar la curiosidad, sino el interés de conseguir su registro con precisión.

Me refiero a la ofita. Y señalo el ejemplo a reglón seguido, para que sirva de acicate desde distintos puntos de vista.

En relación con lo que precede, precisa indicar, que se ha comentado y todavía se comenta favorablemente, el excelente estado de conservación de las carreteras que cruzan el suelo de las llamadas Provincias Vascongadas; y no faltan Corporaciones provinciales, que tienen a gala un cierto prurito de mantener esa prioridad en sus principales vías de comunicación.

Pues bien, aparte de otras circunstancias de índole especial, el milagro, si así puede considerarse al que cabe referir el caso, es debido sencillamente al empleo de la ofita, en lugar de hacer uso de la caliza, que a través de los años ha demostrado su desfavorable resultado.

La estructura compacta, y tenacidad de la ofita, implica un mayor trabajo y gasto consiguiente en su machacado; pero a su vez motiva una trabazón muy resistente para el firme de la carretera, y asimismo implica un desgaste pequeño por parte del rodaje, sobre todo si es protegida por la capa de riego asfáltico; el alquitrán penetrando por los intersticios del material, favorece la completa cementación del conjunto, por otra parte muy adecuado para la corrección de los inevitables pero contados baches.

Si fijamos la atención en la carretera asturiana, está construída a base de una u otra caliza, siempre blanda, obtenida en lugar inmediato al de aprovechamiento, de sencillo arranque y por tanto de fácil reducción a grava. Tales características, lejos de constituir una mejora de servicios y conservación, representan motivos de negocio particular, que se traduce en continuo bache por natural y obligado desgaste, y todo ello, en contra del bien colectivo.

A este propósito, no puedo menos de hacer constar, que he recorrido zonas asturianas en las que abundando otras rocas de mayor dureza que la caliza, se desdeñó la grava propia del lugar, por caliza abastecida desde lejanas distancias.

Resulta pues, verdaderamente lamentable, como ni siquiera se ha hecho en más de un lugar, una prueba con la peña natural; por que aún si la ofita no existiese, hay más de una roca que podría sustituirla. Todo, antes que ver cómo la apisonadora reduce casi a polvo la grava caliza sometida a su presión, de cuya consecuencia se deriva su fatal y equivocado uso.

Y tras del prolongado comentario, cabe reconocer que, a otro caso de muy diferente empleo se dedican las psammitas y areniscas, bien en masa ya como detritus o producto de una desintegración natural por obra del factor tiempo y agentes geológicos externos.

Por resultado de la alteración feldespática de abundantes masas preexistentes, se traduce hoy su presencia en los frecuentes y amplios estratos arcillosos, que bajo tan diversos puntos de vista significan un objeto de muy diversa aplicación, desde la basta cerámica a la fina loza.

De otra parte, los sedimentos arcillosos que fueron depositados en edades primitivas, los reconocemos en la actualidad tras de un acentuado metamorfismo, con la textura propia de la marga por penetración caliza en aquella masa; o bien, bajo forma más avanzada de evolución metamórfica en las características pizarras, como resultado de la enorme presión que, a través de los tiempos, imprimió el gran peso de las potentes masas que por carga soportaron los iniciales bancos arcillosos y margosos estratiformes.

Del ligero bosquejo señalado con respecto al subsuelo rocoso asturiano ¿qué consecuencia puede y debe deducirse en punto de vista de interés, aplicación y valorización como fuente de riqueza de vida en el campo industrial, en el terreno comercial, y hasta en el laboreo agrícola?

La contestación por enjundiosa, y causa de una plena realidad, es realmente satisfactoria. Muy lejos de suponer la masa pétreo del subsuelo un haber negativo, una calificación pobre o cuando menos modesta para cuanto supone actividad y provecho, repre-

senta un contenido de muy variada constitución. Este a su vez, permite una diversificación productiva, encaminada a lograr utilidades esencialmente prácticas, que se traducen en considerables beneficios tanto de carácter provincial como de índole particular. En suma, constituyen una riqueza natural de provecho colectivo, a través del impulso individual e interés particular.

Encierra pues, el subsuelo asturiano, toda una gama natural de producciones de tipo pétreo, que colocan a la región en ventajosas condiciones de un propio desenvolvimiento, sin necesidad de recurrir a un obligado concurso de productos extraños al país.

Este hecho que, bien puede decirse, simboliza un privilegio—si se compara con las circunstancias que acerca del caso concurren en otras regiones,—es debido más que a la extensión territorial, a la condición de las variantes geológicas en el propio recinto.

Y en virtud de este hecho, plenamente natural, se debe que la caliza o la dolomía, el granito o la cuarcita, la arenisca o la pizarra, sean los materiales invertidos en la construcción y edificación. En tanto, las filitas o las tejas, señalan en la cubrición de la morada asturiana el límite de dos zonas de constitución geológica diferente, y ambas, claramente determinadas.

Tales características implican una marcada significación, a la vez que contribuyen a que Asturias aventaje a otras regiones. Y sin que esta comparación propenda a establecer el menor asomo de vejación, puesto que dichos hechos diferenciales entre el recinto asturiano y otros lares de la península, son obra de la propia Naturaleza.

Por último, a otra sugerencia se presta la constitución y riqueza consiguiente al subsuelo. Es precisamente, la condición de predio aneja al suelo y subsuelo, la que establece la limitación de propiedad; en cambio, del suelo hacia arriba, parece que ha pasado inadvertida semejante delimitación. Sin duda la consideración de que la masa atmosférica en un gran espesor es uniforme, sin que encierre diferencia esencial en su composición para su aprovechamiento, en contra de lo que ocurre en el espesor terrestre; de otra

parte, el haber conceptuado durante mucho tiempo como casi imposible su recorrido por el hombre, mediante el vuelo, a parajes por entonces insospechados; son conceptos que han dado lugar a esa indiferencia de apropiación tan diferente a cuanto supone el criterio jurídico de propiedad sobre lo que se pisa, y aún más allá, debajo de lo pisado, y donde en el secreto de la entraña terrestre, permanece la riqueza sugerida al descubridor o al denunciante.

Quien sabe, si al futuro, la masa gaseosa que nos envuelve dará motivo de singular peculio y análoga condición de jurisdicción privada.

LA FORMACION Y RIQUEZA CARBONIFERA

Y hablando del subsuelo astur, bien merecen párrafo aparte los lechos carbonosos, que alojados en el seno litosférico son pruebas manifiestas de otros momentos predecesores, en los que la vida vegetal constituyó la materia prima para la formación de aquellos.

Entre las portentosas obras con que la Naturaleza nos enseña el alcance y resultado de la prodigiosa acción del tiempo—en sentido de un larguísimo proceso de su intervención con la de otros agentes naturales,—constituye motivo de mayor asombro, la formación de las negras capas documentales, mediante cuya presencia se consigue descubrir el remotísimo pasado de la primera edad de nuestro planeta, a raíz de la primitiva constitución de su corteza firme.

Y así, puede decirse, que a modo de verdadero dique sobre el nivel marino, asomó dicha corteza en el occidente astur engarzada con territorio lucense y sierras galaicas mediante potentes bancos graníticos.

Establecido este momento inicial, se logra atisbar el instante de la época carbonífera, considerándola posterior al momento referido.

Al objeto del tema, los yacimientos carboníferos asturianos,

representan no solo un don privilegiado de «la tierrina», sino que la enorgullecen y exaltan a lugar preminente, ante el valioso concepto de riqueza nacional con que se los distingue por su potencia, producción e imprescindible utilización.

Con su presencia, resulta evidente reconocer que, lo que hoy es causa determinante de un privilegiado subsuelo, necesariamente, y a semejante referencia de singularidad, es preciso atribuir también el motivo inicial de su origen.

En este sentido, obligado es sentar, que el territorio asturiano de hoy, mereció—poco después de iniciarse la historia de los tiempos paleontológicos en la vida terrestre,—cualidades climáticas muy en consonancia con las todavía sencillas formas vegetales existentes, así calificables por comparación con la estructura y organización más elevada de las formas posteriores y actuales.

Participó el suelo astur en aquel entonces de abundante humedad—legado que en el correr de los tiempos perdura, aunque con menor intensidad,—y en acorde armonía, de una favorable temperatura. Este conjunto circunstancial, permite asemejarlo a las cualidades climáticas que hoy designamos por intertropicales.

Efecto natural de tal contribución climática, fué la exuberante y hasta lujuriosa producción vegetal criptogámica, que en su gran variedad filicínea y licopodial, pobló el solar asturiano mediante verdaderas selvas vírgenes de gigantescas plantas, sobre todo si se las compara con el reducido tamaño que la condición climática actual permite alcanzar a los conocidos y variados «felechos» de nuestros días; o del segundo tipo, como única representación ancestral en la actualidad, por las llamadas «colas de caballo», que entre otros lugares, invaden hoy los aledaños ovetenses.

Pero hoy como ayer y en todo tiempo geológico no fué el reposo y plácida continuidad la norma natural de desenvolvimiento. Por razón de efectos propiamente naturales sobrevino la catástrofe, la mudanza obligada para la evolución creacional, y en consecuencia, fué conducida al abismo la producción vegetal.

Y entre limos, lodos y barros, productos del trastrueque geoló-

gico, quedó sepultada aquella vegetación, bien en el sitio de su previa existencia, o bien trasladada por arrastre de sus materiales, hasta lugares donde las turbulentas aguas al coincidir en reposo motivaron una obligada sedimentación.

En ambos casos, fueron las materias arcillosas las que envolvieron aquel mundo vegetal enterrado, y aprisionándolo fuertemente entre su masa merced a la gran presión exterior, dejó marcadas con plásticas huellas los contornos y relieves de la anatomía vegetal. Sus muestras aparecen hoy a examen, en las epigenias a que han dado lugar en el transcurso de los tiempos sobre la endurecida filita actual; mejor conocida con el vulgar nombre de pizarra, sobré todo por su cualidad incombustible, que motiva la desesperación de todo género de fogoneros, sin olvidar aquéllas de carácter doméstico.

Y a través del historial terrestre, mediante un largo proceso subterráneo por esencial y variada intervención microrgánica, aquel emporio vegetal podría decirse que pasó a mejor vida, para constituir andando el tiempo, ese otro emporio carbonoso, de cuyos variados frutos es coto envidiable el subsuelo asturiano

He aquí un palpable ejemplo de traducción y conservación energética. Aquella pasmosa vitalidad productiva vegetal de un remoto pasado, lograda a expensas del ambiente exterior, es retenida en manantial latente de energía en la masa carbonosa sepultada hasta nuestros días; y dispuesta, a devolver la energía acumulada al medio externo mediante su cualidad combustible.

Pero no toda la materia carbonosa que cobija Asturias, presenta una absoluta uniformidad de constitución y estructura.

No es uno solo, sino que varios son los carbones minerales. En su diversidad, nada influye el lapso de tiempo transcurrido desde su origen; aunque todo lo contrario, se haga constar incomprensiblemente todavía, en más de un libro que circula entre estudiantes.

Si fuese cuestión de tiempo la causa motivadora de la resultante en variedad, el sentido común dicta la consecuencia; me-

dante la que, a medida que tal factor se fuera sucediendo, las variedades recientes podrían pasar a la textura y composición de las antiguas. Y el hecho, no es así.

Más lógico, exacto y científico es reconocer que tales variantes son debidas a la circunstancial influencia de un proceso de carbonización, en consonancia con una acción específica de microorganismos.

Y el resultado que ofrece Asturias a este respecto, se significa por una reducida proporción de antracita, si se la compara con la exuberancia hullera; admitiendo con tal denominación de hulla, a cuantas variantes ofrece la vida comercial, en relación con la explotación, en motes y remoquetes con arreglo a tamaño y utilización.

Bien es cierto, que a tales efectos, no es solo carbón lo que es explotado y como tal circula, puesto que las circunstancias de consumo, permiten a veces que en el peso y calidad influyan otros factores materiales o individuales, que actúan más o menos directamente con el carácter de intermediarios de muy diverso género. En casos en tan elevada proporción, que conducen a evidente descrédito y lamentable desprestigio del lugar de origen, que en definitiva es el elemento que padece y soporta—sin responsabilidad alguna,—los excesos y desvaríos de numerosos y desaprensivos agentes.

En yacimientos, y más bien en características y reducidas capas de algunos de aquéllos, se presenta el lignito, en tipos muy diversos de estructura. Desde la variedad francamente fibrosa, de fractura astillosa, que recuerda con toda claridad el origen vegetal de su procedencia; se suceden otros ejemplares de más o menos fractura concoidea, de color negro píceo y brillante, como ejemplo magnífico de estructura esencialmente compacta, tan en congruencia por todas razones con el aforismo bien conocido de «negro como el azabache».

Finalmente, una formación de tipo carbonoso, que realmente no merece el nombre de carbón, es la turba; del que por otro lado

no puede dejarse de hacer mención, desde el momento que en Asturias, las turberas, o localizaciones de turba, son lugares frecuentes y a veces extensos, ya que la orografía del terreno y el clima húmedo y a veces caluroso, son elementos imprescindibles para su formación.

Es principalmente en los suaves barrancos de la zona costera hacia la propia de altitud media; y en general, en los débiles desniveles de terreno que permanecen enfangados durante la mayor parte del año; los lugares más adecuados en los que las condiciones climáticas antes apuntadas, dan lugar a una vegetación abundante en musgos, y sobre todo de muy variado tipo herbáceo, que se mantienen casi de continuo en medio acuático, y cuyas plantas en su mayor parte son vulgares y por ello bien conocidas.

Merced a los cambios estacionales en prolongada serie de años sucesivos, los restos desecados de aquella vegetación, se van disponiendo en capas, pero entre ellas, aparecen interpuestas otras de naturaleza detrítica como producto de sedimentación, cuyas tierras y limos proceden de su acarreo mediante las grandes avenidas anuales en las épocas de abundantes precipitaciones. Es así como cada formación invernal de este, entierra, o mejor sepulta, a la reseca formación vegetal de la precedente otoñada.

A medida que el número de capas aumenta, y el todo adquiere mayor espesor, su natural peso contribuye a que, principalmente, las capas inferiores queden fuertemente apelmazadas, de tal modo que por interposición de los componentes orgánicos e inorgánicos, llega a formarse una masa única, más o menos terrosa, que es la turba.

Según la proporción de los componentes, muestra diversos tonos de coloración; varía del gris oscuro y pardo-rojizo al negro, de aspecto parecido al tono propio de las tierras con abundante mantillo.

De esta breve reseña de lo que constituye la formación turbera, fácilmente se obtiene en consecuencia, la frecuencia con que se advierte el fenómeno en el ambiente asturiano.

En los precarios tiempos actuales, no se ha llegado hasta la fecha, a la necesidad del aprovechamiento turbero como combusti-

ble. No sucedió lo mismo con el conflicto creado por la guerra europea de 1914 al 18, durante el que la zona de Vidiago, fué un ejemplo manifiesto de semejante explotación.

Lo que viene a probar también, en relación con el amplio y elevado sentido progresivo con que camina la economía asturiana, que de entonces acá, se ha logrado un eficaz avance de producción hullera, como valiosa y patriótica mejora autárquica.



Y como final, ya que del carbón se ha tratado, un imperativo deber de conciencia, clama una última consideración, que lejos de parecer fuera de lugar, debe ser apreciada como esencialmente oportuna y obligada.

Al efecto conviene recordar, que constituye el carbón mineral una verdadera fuente de riqueza nacional; representa un potente foco de ingresos para la economía provincial; supone un magnífico rendimiento para las empresas que explotan sus yacimientos; no deja de proporcionar un beneficio satisfactorio, a quien de cerca o lejos interviene en el cacareado negocio del carbón.

Sin embargo, hay un solo elemento, en este caso el factor hombre, con el consiguiente desgaste físico, que por el hecho de beneficiar a todos, merece ser muy tenido en consideración.

Se trata del minero que arranca la negra roca, quien a costa de su rudo trabajo, lo incorpora a la revalorización de la economía del país. Pues bien, hoy más que nunca, ante las circunstancias de la vida, necesita ese modesto obrero de todo género de apoyos para defender la propia existencia.

De ningún modo, debe de ser relegado al olvido el grave problema que plantea la falta de nutrición y de higiene doméstica del factor minero; no se eche en saco roto, como tantas veces ha ocurrido, la imprescindible necesidad de atender como es debido a su humana condición.

De otra parte, precisa reconocer, que la anemia entre otras afecciones de carácter individual, cabe generalizarse en tal forma

sobre los organismos, que la falta de potentes brazos puede traducirse en día no muy lejano en ausencia de energías para proseguir el diario trabajo.

Y si grave es el peligro por lo que afecta a la actual generación de un modo directo, adquiere visos de verdadera catástrofe productiva para el mañana, si se prolonga el estado determinante de la carencia del vigor físico necesario para tan esforzada y desgastadora tarea.

Ante semejantes hechos, lejos pues de mostrar el menor asomo de menosprecio hacia la insustituible actividad desarrollada por el obrero minero, rindámosle el homenaje que merece su vida de sacrificio, dedicada por y para el beneficio de la colectividad social.

EL EMPLEO DE MINERALES DE UN PRETERITO REMOTO AL PRESENTE

Pero no solo roca pétreo y carbonosa, es lo que encierra el subsuelo asturiano; sino que, son tan frecuentes otros compuestos minerales, que su variado conjunto contribuye a mantener su hegemonía, lograda de antiguo, como región minera.

A semejante punto de vista, son muchos los minerales radicales en Asturias, y numerosos los que adoptan formas y aspectos diversos. Se ofrecen a examen con relativa frecuencia; pero sin embargo, en la mayor parte de los casos, sus muestras resultan tan escasas que no permiten constituir motivo de explotación, si no es en circunstancias muy excepcionales.

A este particular, no puede menos de reconocerse la condición a que se ven sometidos muchos de los yacimientos; se trata de localizaciones situadas a considerable distancia de puntos de enlace, y otros sobre todo, aislados de medios de transporte.

Así por tanto, cuando logran descubrirse los vastos proyectos de vías de comunicación, por carril o sin él, con que se promete el futuro asturiano—y que más de uno adquiere motivo de realidad en su actual fase inicial,—surgen por doquier empresas y particu-

lares, guiados unas y otros por vehemente impulso de dar cima a sus afanes de reconocimiento y explotación de nuevos cotos mineros, denunciados en las inmediaciones de los ya bien conocidos. Todo ello, como palpable manifestación del emprendedor espíritu indígena, que asoma y se refleja en la natural producción minera del solar astur.

Pero no es posible señalar uno por uno los minerales de la región, mediante sistematizada metodización, procedimiento que podría ofrecer un marcado viso científico, pero que al objeto propuesto, daría lugar a un enunciado poco ameno y positivo.



Parece más acertado, interpolar como ejemplos de aprovechamiento mineral, aquellos de un pasado remoto, a nuestros días.

La prueba concluyente que demuestra la presencia del hombre paleolítico en territorio asturiano—y sin que coincida realmente con la existencia del tipo humano más primitivo,—la proporciona también el uso de la materia mineral. Son los sílex y las cuarcitas, materiales con que en la remota época paleolítica, aparecen contruídos muy diversos útiles, más o menos toscos, en atención a su diversa talla; y de ellos, se valió el hombre por su dureza, capaz de ser utilizada para apropiados trabajos con toda otra sustancia de menor consistencia.

No solo la costa asturiana de entonces—de perfil y niveles iguales a los de ahora,—sino hasta parajes bien adentrados a lo largo de sus ríos, y aún alejados de los mismos, constituyó un área adecuada de expansión paleolítica.

Así lo permitieron las condiciones de habitabilidad de la zona, no obstante hallarse enfrentada con la pasmosa producción glacial, sobre los riscos y picachos más elevados del Pirineo cántabro-astur. Pero a su vez, defendida por otras circunstancias climáticas, contra el exagerado descenso de temperatura que, en los períodos

de glaciación, pudo ejercer poderosa influencia en las fases emigratorias de la población.

Con todo, el influjo tonificador del mar, determinó un habitat adecuado, muy diferente al inaceptable o de difícil acomodación propio de la meseta central, fría de continuo e inhospitalaria, no obstante la expansión y cubrición arbórea de entonces, en cuadro vegetal tan distinto al descarnado, desgajado y agotado paisaje natural del presente.

Este mero hecho trae aparejada una evidente ventaja del solar astur, notablemente mantenida por la caza de sus pobladas selvas, así como la abundante pesca de sus cauces fluviales y rías costeras, y hasta el aprovechamiento de moluscos y crustáceos—mariscos que hoy decimos,—del contorno peñascoso marino.

Por lo que se refiere a otros minerales, aquel hombre, hizo uso para las representaciones pictóricas rupestres, de los óxidos de hierro y manganeso, en ocres naturales rojo, parduzco y negro.

En consecuencia, tanto por una como por otra circunstancia, aparece Asturias por su situación litoral y sus elementos de vida, como localización privilegiada en la época que sirvió de un primitivo asiento humano.

Pero andando el tiempo, no fué solo la piedra silicosa tallada, el exclusivo material dedicado por el hombre prehistórico a la construcción de útiles diversos.



Sin embargo, antes de ocuparme de la referencia neolítica con el pulimento de la piedra, no conviene olvidar un estadio preneolítico, muy característico del solar asturiano, que corresponde al laboreo del llamado «pico asturiense».

Es en los «concheros» predecesores del neolítico,—yacimientos de los que más tarde he de ocuparme,—donde se presenta un abundante depósito de tan variados picos. Su factura arranca invariablemente del canto rodado de cuarcita; de éste se obtiene el

pico por desbaste efectuado a rudo golpe aproximadamente en su mitad, con la consiguiente aparición de formas más o menos puntiagudas.

Fueron aprovechados a tal objeto, aquellos rodados cuarcíticos, que por su tamaño eran acomodables, al de la mano, para su más fácil uso.

Puede concluirse por tanto, que tales ancestrales en el suelo astur tuvieron bien a mano el material cuarcítico adecuado para tallarlo primero, y emplear después el tosco pico en el arranque y apertura del variado marisco consumido, y cuyos restos exosqueléticos constituyen la gran masa del típico yacimiento conchífero.



Con posterioridad, en la civilización neolítica se inicia y perfecciona el pulido de la piedra; y las fibrolitas asturianas proporcionaron muy apropiado material para el logro de las llamadas hachas pulimentadas, con sus típicos veteados oscuros y pardo-rojizos claramente visibles en las de tamaño grande, y menos acentuadas pero apreciables, en aquellas otras hachitas de tipo votivo.

Esta última denominación bien merece ser aclarada; es debida, a encontrarse hachitas en las sepulturas de la época, por el hecho de haber sido colocadas junto al cadáver en el momento de su inhumación; y con objeto de prestar con carácter de amuleto un determinado servicio de defensa al individuo, en la nueva vida emprendida a raíz de su muerte.

También para la construcción de hachas pulidas fué empleada la diorita, abundante en la región, en particular para las de gran tamaño. No faltan ejemplares recogidos en Asturias que son de ofita, roca que aunque a primera vista parece extraña al país, sin embargo, la presencia de este útil da prueba manifiesta de yacimiento dentro del solar.

Pero la característica de la época neolítica, no está solo determinada por el pulimento de la piedra, aunque todavía subsistiese

la talla de este material. En efecto, señala otro carácter esencial de la misma, la aparición de la cerámica basta; en casos muy frecuentes reducida a tosco barro cocido, como fase inicial de la nueva producción, que refleja la importación de otro estadio de civilización. Y entonces como ahora, donde hay arcilla, es lugar apropiado para la obtención del utensilio o vasija, rudimentaria o acabada según las dotes artísticas del moldeador, en relación con los medios empleados de entonces acá.



Y en el afán humano de mejorar sus condiciones de vida, rendido en los tiempos referidos al conocimiento de cuanto en la Naturaleza le rodea, halla como premio a sus desvelos, nuevos medios con los que significar el evolutivo progreso de los tiempos.

Precisamente Asturias, denuncia la riqueza de cobre nativo en su suelo, con la aparición de la flecha y el objeto de adorno, con que el hombre del periodo calcolítico aprovecha el primer metal laborado, en tanto no desdeña el uso de los instrumentos de piedra. Y sin acudir a puntos más alejados, las minas del Aramo—por más conocidas entre otros yacimientos,—que por mucho tiempo se señalaron como explotación romana, mucho tiempo antes—hace unos cuatro mil años, puede decirse con exactitud,—constituyeron motivo de búsqueda y aprovechamiento del preciado metal. Y ¡vaya si entonces Asturias encerraba cobre! así como los compuestos que de él hoy se conocen; y de los que alguno más sencillo en composición, pudo ser aprovechado durante el período calcolítico.

Fué en esta época, en la que se asignó a los cristales de cuarzo una cierta significación; posiblemente, en sentido de amuletos, como parece testimoniarlo su aparición acompañando a los restos humanos en el recinto sepulcral de los dólmenes eneolíticos, o calcolíticos.

También Asturias, mucho más que en nuestros días, denuncia-

ba entonces el conocimiento, presencia y hasta la utilización del oro.

¿Podrá sorprender semejante afirmación? La contestación, es el propio sentido común que la dicta.

En efecto, conocido es el caso de las arenas y pepitas áureas arrastradas por el río Sil desde las cuarcitas de su origen; pues bien, basta tener en cuenta que en la vertiente opuesta, por Septentrión de la misma zona, tiene sus manantiales el Narcea, y por tanto, que entre los sedimentos de sus orillas, ha dejado percibir y aprovechar el suspirado metal de todos tiempos; no habiendo faltado objetos diversos, cuya aparición ha denunciado el empleo de dicho metal desde aquellos muy remotos.

El oro y el cobre; el estaño obtenido de la casiterita para la elaboración del bronce posterior, afín a los tiempos protohistóricos; el antimonio de la estibina; son, en suma, productos naturales que motivaron un incesante visiteo sobre la costa asturiana, y hasta un afincamiento más o menos provisional, por parte de aquellas gentes procedentes de Oriente; guiadas unas de codiciosa curiosidad minera para satisfacer su espíritu aventurero; y en cambio otras, ansiosas por colmar sus apetencias comerciales, en incesantes pesquisas que se sucedieron hasta bien entrada la época romana.

Cuando hoy se advierte las rebuscas a que da lugar el wolfram —que dicho sea de paso, tampoco falta en Asturias,—y presenciemos el loco interés que motiva su reconocimiento y meticulosa recolección, nos recuerdan los procedimientos seguidos al detalle en la exploración y la cuidadosa observación, a que se prestó en tiempos pasados el subsuelo astur en persecución de los ricos metales apuntados.



Ahora bien, si de acuerdo con el precedente encabezado, se pasa a reconocer el haber que ofrece el coto minero asturiano en

Los tiempos actuales, fácilmente se ve, que no son sólo los minerales reseñados los que constituyen la lista-registro, sino que ésta es mucho más numerosa.

A tal objeto, no hace falta más que recordar los frecuentes compuestos de hierro, en particular los oxidados, así como algunas siderosas reconocibles, sobre todo del centro hacia Occidente; en particular, es digna de mención, la magnetita, en inmediaciones de Galicia.

Si el hierro cromado no supone más que un impreciso señalamiento, no sucede lo mismo con el manganesífero, que aunque frecuente, es únicamente en los altos de Covadonga donde se manifiesta abundante en sus típicas masas nodulares, y cuya explotación es bien conocida en lo que va de siglo.

Es en el área oriental, en la que se presentan los compuestos de zinc, en relación con la riqueza que de los mismos ofrece la zona santanderina. Interpuestas con las blendas y los carbonatos zincicos no faltan las galenas como compuesto más abundante de plomo, si bien en reducida cantidad para constituir motivo de explotación, y a veces acompañadas da características concreciones de piromorfita así como de típicas cerusas.

Mucho más reducidas son las localizaciones de compuestos de arsénico—que como nativo no ha dejado de reconocerse,—pero en asociación son bien manifiestos los cristales amarillo nacarados del oropimente con el rojo vivo del rejalgá, que acompañan en La Soterrana al cinabrio.

Propiamente metálicos, se encuentra el mispikel; y en combinación con el níquel, en venas de muy reducida expansión, la niquelita, tan típica por su elevada densidad y color rojo claro.

Se hallan también en Asturias compuestos sulfurados de arsénico con cobalto; son los vulgarmente llamados cobalto gris y blanco, asociados corrientemente, y denunciados con facilidad por el tono rosado que presentan en la superficie en virtud de alteración, y consiguiente producción de las llamadas flores de cobalto.

Incidentalmente se ha señalado antes el cinabrio, compuesto

que bien merece párrafo aparte. De antiguo es conocido este sulfuro de mercurio en la región de Mieres a Pola de Lena, de cuyo sencillo laboreo se obtiene el preciado metal líquido.

Como tal metal nativo, se presentaba en ejemplares de margas y calizas antracólicas, entre cuya masa se dejaban percibir por su brillantez diminutas gotitas de mercurio. Ejemplares éstos, como tantos otros de los minerales antes reseñados, que magníficos muchos de ellos—y ya difícilmente sustituibles por extinción del reducido yacimiento,—alcanzaron su caótico fin en el incendio de esta Universidad, suceso que coronó los muy lamentables acaecidos en octubre de 1934.

Durante mucho tiempo, los conocidos yacimientos de cinabrio asturiano, han permanecido abandonados en sus tareas de explotación ante el nulo rendimiento a que aquélla parecía prestarse; pero el alto precio a que hoy se cotiza el mercurio, permite no solo resarcir tales gastos, sino que constituye un fructífero rendimiento para quienes a su tiempo, se hicieron cargo de aquellos cotos que tan poca atención merecieran.

Se ha significado precedentemente, la abundante presencia en otros tiempos del cobre nativo. Pero si éste, diríase extinguido, no ocurre lo mismo con sus compuestos, de los que algunos debieron ser utilizados debido a la simplicidad de método de reducción, en la obtención del metal en época protohistórica, como antes se ha indicado.

Con relativa frecuencia se dejan advertir los tonos verdes y verdoso-azulados de sus carbonatos, que sirven para denunciar la presencia de otros compuestos de tipo metálico, en calcosina y más abundante calcopirita, pero sin permitir motivo de explotación.

Alcanza más expansión la de otros compuestos cúpreos más complejos, que se les designa vulgarmente con el amplio concepto de cobres grises.

Entre los minerales de franco aspecto pétreo o vítreo, que se

consideran como ganga de los compuestos metálicos se reconocen muy vistosos cuarzos y calcitas en numerosas variedades.

Merecen en algunos casos el mismo concepto de ganga la fluo-rita y baritina, pero en cambio en otros yacimientos ambos compuestos se presentan en abundancia con esplendidez de formas, constituyendo un verdadero manantial en riqueza de explotación; tal sucede con las baritas espáticas o tabulares en tonos claros de Caravia, o las blancosacaroideas de Soto de Luiña; y muy en particular, a dicho punto de vista, con los perfectos cristales muy diversamente coloreados e interpuestos en las masas cristalinas de Caravia, o los espatos y cubos de fluorita entre los tipos cristalinos de La Collada; ambos yacimientos constituyen hoy valioso motivo de explotación, a la par que, de afanosa exportación.

En forma parecida podría seguirse enunciando cuanto concierne a los yacimientos yesíferos, tal vez los menos frecuentes en la región, si bien por tal motivo aprovechados al máximun en su consumo.

Y si se tratase de especificar los variados compuestos de naturaleza silícea, sería preciso señalar buen número de especies minerales que aparecen asociadas a la ortosa y el mismo granito, a las cuarcitas y areniscas, a talcocitas y otros esquistos cristalinos. Pero semejante enumeración, no encaja en el reducido marco impuesto a un trabajo de la naturaleza y contenido del presente.

¿A qué seguir? El índice reseñado, es más que suficiente para probar las variadas y ricas venas mineras del subsuelo astur.

LIBERRIMA SIGNIFICACION DEL SUELO ASTUR

Cuanto precede, no supone más que un ligero escarceo en el registro de la pasmosa potencialidad económica que representa el subsuelo asturiano.

Pues bien, el suelo, en calidad y valorización, corre pareja con el cimientto subyacente. Y así, puede decirse, que si Asturias posee bajo su suelo un portentoso manantial de vida, es precisamente,

en el propio suelo astur, donde la materia adquiere vitalidad y brota esa otra potente vida reflejada en sus peculiares flora y fauna.

Es así como se ofrece esa otra faceta de calidad, condición y valor, que implica la que, podría decirse, casi natural producción vegetal con sus derivados de cultivo; y en mútuo complemento con el haber animal, del que el mayor beneficio es logrado mediante el cupo pecuario.

Y sin embargo, conviene exponerlo desde el primer momento, ni el cultivo vegetal ni el animal, han constituido un grado de superación; falta mucho por conseguirlo. Luego, si lo existente es casi exclusivamente producto de la obra natural, y de por sí supone un magnífico renglón económico ¿qué prodigio sería si no lograrlo, cuando menos aproximarse a ese apetecible grado? Bien puede afirmarse, sin miedo a error, ni mucho menos dejarse guiar por viso de fantasía, que semejante resultado tendería a asemejarse a ese concepto—que tanto se ha interesado en designar estos días de escasez que vivimos,—como paradisiaco.

Y partiendo del hecho natural bioasturiano, hay que reconocerle como piedra fundamental la esencial participación del clima, pues sin este conjunto de elementos, no hubiera sido Asturias ni sería ahora, lo que fué en otros momentos y es también en época contemporánea.

LO QUE FUE EN EL PASADO

Como antes se señaló, obra del clima, fué aquella frondosa vegetación afín a las edades primarias, que ha dado lugar a las formaciones carboníferas.

Mucho más tarde, en virtud de las favorables condiciones topoclimáticas, hubo de instaurarse la primitiva población humana en el suelo astur.

El hombre, del mismo modo que ahora, allá en su inicial y más acentuado primitivismo, y si se quiere con más exactitud, mucho

más entonces que hoy, necesitaba convivir, es decir, colocarse a tono con el medio propio de su existencia.

Así, hoy, por muy fosco y desapacible que el ambiente se manifieste, el hombre en virtud del progreso, halla modo de realizar una adaptación empleando los medios conducentes a dulcificar, o cuando menos a atenuar las inclemencias y rigores climáticos, cualquiera que sea su naturaleza y condición.

En cambio, el hombre primitivo se vió obligado a soportar con sacrificio—y en más de un caso, con pérdida de vida,—las enormes variantes extremas a que fué sometido por el propio ambiente. Y a falta de medios de defensa en el recinto de su localización, este mismo sentido defensivo le instó a un cambio de localidad en búsqueda de otros lares, en los que se mostrasen aseguradas las convenientes cualidades topoclimáticas de habitación.

A este particular, y a fin de evitar equívocos dado el sentido de vulgarización—que como norma impuesta ha podido advertirse a través del presente trabajo,—conviene señalar, que no es posible establecer un punto de vista comparativo, entre lo que en sí consisten las tituladas «olas de frío» que hoy se registran y tanto dan que hablar, con el estado meteórico que dió lugar al período de glaciación. En este último caso, por invasión del frío polar, que alcanzó a zonas hoy de tipo templado hasta latitudes casi tropicales, fué tal la intensidad en el descenso de temperatura —y su prolongada acción durante un período glaciario que abarca algunos milenios de años,—que semejantes circunstancias son más que suficientes para patentizar la absoluta diferencia entre ambos fenómenos meteóricos, puestos en parangón muy frecuentemente en nuestros días sin base científica de ningún género.

Por tanto, de las vicisitudes consiguientes a la mudanza de reductos por las muy intensas más que bruscas variaciones de clima, no escapó el llamado hombre fósil, que asentó sus reales, en la que puede decirse única vertiente asturiana, al septentrión del Pirineo.

De su natural desnivel, únicamente la zona costera fué el camino impuesto para más amplios cambios de población en sucesión de tiempos y estadios de civilización; y es precisamente en dicha zona, donde aparecen los restos demostrativos de las sucesivas civilizaciones. Así, los elementos propulsores de las mismas, fueron guiados por la natural y cómoda topografía, a la vez que protegidos por escasas alteraciones climáticas.

Estos marcados cambios que se operan y aprecian en las formas del laboreo de la piedra, en el estilo y forma de las concepciones artísticas, etc.; que sintetizan el alcance y expansión de aquellos estadios señalados, concuerdan a veces con otros también marcados períodos, surgidos como consecuencia de notables influjos climáticos.

Esto aconteció con aquellos períodos de muy prolongada duración, en los que el fenómeno del glaciario, se tradujo con todo su esplendor en los escarpes de la vertiente astur.

Los mantos del hielo glaciario que cubrieron y hollaron con típica erosión los riscos y barrancadas de la cordillera, se mantuvieron en ingente y amenazador paisaje, causando el aterrador asombro—más que admiración,—de aquellas poblaciones paleolíticas que se sucedieron por el perfil costero, ocupando una faja cuyo límite de nivel más elevado, no llegaba a punto de morada inaceptable por su baja temperatura.

He aquí, un claro ejemplo, del sincronismo antes apuntado referible a un clima de altura de absoluta esterilidad vital, y otro costero, que si poco cálido por efectividad del ambiente frío inmediato, cuando menos permitía la vida más o menos sedentaria de una población.

Cuanto antecede, tiende a deducir que a pesar de las poco favorables condiciones de los períodos de glaciación, tan distintas a las propias de los de interglaciación—por desaparición del fenómeno a consecuencia del aumento de temperatura del ambiente,—el hombre se mantuvo en Asturias. Semejante fijación, es señal evidente que, en la caza y pesca, en los frutos naturales y en los

elementos de producción para su primitiva industria, encontró los factores necesarios, para su sustento y desenvolvimiento.

Siendo esto así, no cabe decir lo mismo de otras regiones inmediatas, tales como los altos collados propiamente asturianos, o las tierras de la meseta leonesa.

En suma, que durante el paleolítico, el territorio asturiano tuvo el privilegio de proporcionar sus riquezas naturales para cubrir las necesidades del hombre de la época.



Retrotrayéndonos a tiempos pretéritos, se ha alcanzado con lo dicho a los cuaternarios, en algunas décadas de milenios de años.

Pero a medida que nos aproximamos al presente, la cronología se hace mucho más precisa—puede decirse exacta,—y el hombre fósil dió paso a las razas neolíticas, que a su tiempo poblaron el recinto astur, constituyendo así una demostración de las condiciones de habitabilidad del mismo.

De otro lado, nada tiene de extraño el hecho, si se le considera desde el punto de vista geológico; ya que esta fase prehistórica de la vida humana, coincide con la época contemporánea en sentido geológico, es decir, que se refiere a la climatología actual, y por su latitud al tipo templado.

Y he aquí que, aquel hombre neolítico—del que el actual no es más que una sucesión,—comienza a disfrutar de un rendimiento de los bienes de la Naturaleza, como consecuencia de la intervención humana en su producción y aprovechamiento.

Así, entre los cinco y diez milenios de años a nuestros días, concurre precisamente el momento en que ese hombre, por natural impulso progresivo de los tiempos, por el sentido práctico adquirido en la experiencia de la vida, por influencia propulsora de civilizaciones inmediatas, llega a abandonar los modismos propios de aquel primitivismo para redimirse de su modesta condición. Y mediante el propio trabajo, y del esfuerzo continuado de su ra-

zón, logra arrancar de la Naturaleza algunos de sus secretos, entre los que mayores ventajas pueden proporcionarle.

Lógico es pues admitir, que el hombre que convivió con las especies animales, lograrse de los más útiles una mayor atracción, un más intenso y recíproco acercamiento, una mayor dulcificación de costumbres. Y tras de una mútua compenetración de intereses, sobreviniese indefectiblemente el amansamiento y la domesticación, traducida en su forma inicial con la consiguiente aparición de la vida pastoril.

Vida de inquietudes más que de tranquilidad, de preocupación más que de abandono, de trashumancia más que de sedentarismo; puesto que la vida del pastoreo y consiguiente aprovechamiento no significa reposo e inutilidad, sino que consiste en actividad y provecho en todo momento y hasta en los más mínimos detalles, aunque erróneamente se atribuya otro concepto en género de vida, a quien vive por y para sus animales.

Pero sin abandonar el aliento y observación del ganado, al mismo tiempo aquel hombre, remueve cuidadosamente el terruño cercano en el que brotará con más vigor y lozanía la semilla, de aquella planta que llamó su atención e interés, y cuyo desarrollo raquíutico aprendió a conocer entre abrojos y malezas.

Y así, en natural relación de ambas actividades, según métodos copiados de entre los naturales; mediante concordancia obligada de ambos frutos de vida, más que frente a su caótica disyuntiva, sobreviene la aptitud agrícola con tanto más propulsión, no solo por cuanto mayor sea la riqueza ganadera sino por natural derivación hacia el laboreo de la tierra, en interés de obtener determinados alimentos para el ganado.

Cuanto queda expuesto—y por ello lo ha sido,—es referible a la vida que en las praderías naturales asturianas comenzó en los albores neolíticos y transpuso el largo período calcolítico. Es más, desde los cuatro mil años que, en términos redondos, se admite el conocimiento del laboreo del cobre—salvo muy ligeras variantes,—ha subsistido y se mantiene hasta nuestros días, el género

de vida pastoril de los collados y puertos asturianos a lo largo de las derivaciones serranas.

Podrá parecer exagerada la afirmación precedente, pero al efecto conviene señalar, que únicamente la escasa influencia ejercida por el progreso actual, es el agente que ha contribuido a determinar muy ligeros cambios de aptitudes, más de aplicación y utilidad que de conservación y mantenimiento de costumbres y sistemas, en cuanto se relaciona con la vida pastoril.

Claro es que las condiciones topoclimáticas ofrecidas a través de los tiempos enunciados hasta el presente, y muy principalmente el progreso de carácter utilitario, son los factores que han determinado una distribución significativa en zonas pastoriles y agrícolas, más ganaderas y solo hasta cierto punto las primeras respecto de las segundas; si bien no faltan casos, en los que se manifiesta una verdadera transición entre los extremos apuntados.

Y naturalmente, que este género de consideraciones entra de lleno en el apartado que concierne, a cuanto significa la actual valorización del suelo astur.*

Pero lo expuesto, muestra que ese mismo suelo sirvió de asiento a poblaciones sucesivas en tiempos pasados hasta los propiamente históricos; y las que a su vez, sobre él permanecieron de continuo, merced a las abundantes producciones naturales que encontraron como obligado medio de vida.

LAS PRADERIAS ALTAS Y SU GANADO EN LA ACTUALIDAD

Se ha hablado poco antes de praderías, y cuando se trata de aventar el caudal de riqueza actual asturiana, necesariamente que el primer jalón sobre el que es lógico asentar la mayor parte de la economía rural, es precisamente sobre el prado natural.

Prados de altura, diríase mejor, praderías naturales que con suaves pendientes se prolongan coronando las cimas serranas; unas, paralelamente dispuestas al sentido de la cordillera; otras, en cambio, zigzagueando entre las anteriores o sus normales. Es decir,

todo un variado sistema de orientación de pastizales, en vertientes que muy amenudo rompen en cortados tajos.

Constituyen éstos últimos, verdaderos despeñaderos, bien conocidos por el instinto del ganado, y por cuyos derrumbaderos se lanza aquél, y llega a perecer en singulares casos, en los que el animal enloquecido y desesperado al verse perseguido o acorralado por inminente sorpresa o agente extraño, no logra evadirse de su fatal influencia.

Es realmente abundante el caudal de datos folklóricos, que sirve tanto la vida del ganado como las costumbres pastoriles, pero no es el momento propicio para la exposición narrativa de sus singularidades.

Pero tratándose del prado de los altos puertos astures, no puede prescindirse de dar cuenta de aquello que le es inherente, ya que, de tal modo se ofrece su convivencia, que no hay modo de sustraer a la vida del prado, la del ganado al que aquél brinda sustento; manantial de riqueza la una, que deriva a su vez en la otra como fuente de análoga significación.

A tal propósito, y como no es posible detallar cuanto representa la empresa pecuaria de la grey pastoril, únicamente cabe destacar aquellos hechos que encierra la característica propiamente solariega, o bien, los ejemplos cuyo desarrollo podría llegar a constituir una nueva ruta de manifiesta utilidad y beneficio.

En este orden de ideas, bien merece ser anotado el ejemplo de un vacuno típico. Descuella entre otros, el conocido como *casino*, designación que atañe a la localización en Campo de Caso. De toscó testuz y corta cornamenta, su negra y pronunciada ojera con el negro hocico, resaltan del tono gris parduzco de casi todo su pelaje, que solo oscurece en la lista de la cruz o la borla de la cola.

De tonos sucios, en general, son los que participa el largo pelo que cubre al animal como consecuencia de un invierno prolongado en las alturas; y sobre cuyos escarpes soleados y ventilados se sitúan los ejemplares con preferencia, como atisbando con dormi-

tante placidez rumiatoria, el precipicio de los aledaños que bordean su solitaria estancia.

Y así, uno y otro día, hasta que la imponente ventisca continuada, le humilla a descender a la pétrea corraliza que le sirve de eventual protección, como no aproveche antes un natural socavón o cueva de la peña.

Si magnífica es la planta del toro, con su rugosa cara y rizoso pelo que la ensancha y presta aspecto aborregado, no es menos llamativa la talla más pequeña y marcada musculatura de la vaca madre, por lo demás feucha y poco rolliza, de cuerna irregular, y trapío parecido al macho.

La cría, remilgada de carnes, notablemente cubierta de basto pelo protector, es frecuente—sobre todo hasta el destete,—verla reunida con otras. Por lo general, permanecen todas juntas en perímetro reducido y seguro, elegido por sus madres, al que éstas acuden para amamentarlas después de haber logrado la búsqueda de pasto, tal vez a increíbles distancias, traspuestas en el día. Así como ésta, cuantas otras costumbres interesantes se reconocen; y de las que tanto podría aprender la, por desgracia frecuente, ingratitud interfamiliar humana.

Finalmente, conviene resaltar, que en forma incomprensible se ha llegado con manifiesto error a asemejar hasta cierto punto la raza *casina* con la llamada *quejana* de la Montaña. El hecho es suficiente para demostrar el desconocimiento de ambos tipos, y muy en particular, los característicos rasgos que posee y determina al propiamente astur.

Pero los pastizales propios de altura, no solo predominan en la zona inmediata o en derivaciones de la cordillera. Allá, donde la altitud resalta de las suaves barrancadas en que se resuelve por lo general el territorio asturiano, es allí que la hierba fina, de larga hoja filamentososa a la par que consistente, y sobre todo de gran poder nutritivo, se desarrolla con toda lozanía.

Y este favorabilísimo resultado de producción lo mismo se obtiene en las cimas del Suevo inmediatas a la costa, como en los al-

tos de La Espina ya más tierra adentro, y como en tantas sierras de las llamadas planas, que guardando un cierto paralelismo, cruzan Asturias de Oriente a Poniente con más o menos regularidad, y a su vez, más o menos aproximación o alejamiento del mar.

Muéstrase el prado con tupida y a la par mullida vegetación herbácea, salpicada de reducida planta floral, debido a la expansión de la abundante raíz fasciculada de aquélla; circunstancia que favorece la producción de una tierra vegetal negra, suelta y rica en detritus orgánico.

Hierba, en fin, que constituye un verdadero manantial de principios nutritivos que enriquecen considerablemente la leche, y como producto derivado el queso, cuya elaboración se realiza en la majada. Para este laboreo se hace uso de cuencos en madera de tipo y formas diversos, manejados todavía por aquellos pastores, que no los han sustituido por otros de naturaleza y textura más moderna.

Y es la leche de vaca, principalmente, la que se utiliza al efecto; lo que revela, que es el género vacuno el que constituye motivo más directo de pastoreo.



Préstase, pues, la ocasión con oportunidad, para señalar que en los recintos de las alturas serranas astures, no aparece el ganado lanar nada más que con escasa representación, circunstancia que no deja de ser extraña hasta cierto punto, si se tiene en cuenta el amplio desarrollo que ese cultivo lanar adquiere en otras zonas pirenaicas.

Posiblemente, el hecho registrado puede achacarse a la intensidad de cuidado que exige el rebaño de ovejas, muy en particular durante el período de cría y aprovechamiento de la leche para la obtención de quesos. No es tampoco para olvidar el problema que impone el abastecimiento del rebaño o rebaños durante el invierno; si bien, por lo que se refiere a la zona asturiana, quedaría

favorablemente resuelto con el traslado del ganado hacia «la marina», como se hace en realidad con un corto número de rebaños.

Sin duda que el caso hay que referirlo a falta de afición, y ausencia de elementos encariñados con el pastoreo del tipo lanar, que no obstante la preocupación que proporciona, así también rinde con creces un beneficio que contribuye a amenguar aquellos desvelos. Porque no parece natural, atribuir el caso a condiciones de clima.

A este objeto, bastaría tener presente, que allá en las montañas Rocosas de California septentrional, aparece asentada más de una colonia de pastores peninsulares norteños, que conservando sus costumbres y hasta sus tradiciones, se dedican con ahínco a la vida pastoril que aprendieron en la tierra de sus mayores. El ejemplo señalado rechaza la dificultad climática; pero de otra parte, expresa un claro modelo de adaptación profesional, a la vez que supone una afectiva ocupación para tal género de vida. Y es que, el ganado de tal modo se deja querer, que quien con él convive, difícilmente logra despegarse de las instintivas muestras de agradecimiento, con que el bruto, corresponde a las atenciones que le dedica su constante tutor.

Pero no es solo en el prado astur de altura, donde no abunda la oveja; es en todo el territorio donde se reconoce análoga circunstancia. Lo más frecuente, es advertir tres, cuatro, o a lo sumo media docena de ejemplares en no muy numerosas casas de campo.



Y con referencia a otro género de ganado, el cabrío, es de señalar que su presencia es muchísimo más reducida que el ovino.

A este respecto, puede tenerse en cuenta que, la cabra en algunas regiones, se considera como patrimonio propio del labriego modesto, de aquél que por no poseer hacienda ni pastos suficientes, no puede permitirse el deseo de contar en la casa de campo con una vaca; y por tanto, cubre ciertas de sus necesidades con el

auxilio de las cabras. Se obtiene en consecuencia, que en Asturias, deben ser contadísimos los campesinos que se hallan en tan estrecha situación económica. Es más, diríase que en esta tierra, el primer anhelo por el que pugna el trabajo rural, es precisamente verlo satisfecho con la posesión de una vaca; después, por la pareja; y más tarde, el número que lo permitan las complementarias circunstancias.

Y todo ello, se debe principalmente, a que el suelo y su producción proporciona elementos capaces del sostenimiento de tal o cual número de cabezas de vacuno.

La cabra, pues, como la oveja, constituye en muy contados casos, un aditamento a la casa de labor, como resultante de un insignificante consumo frente al buen rendimiento que pueden proporcionar.



Por último, recuérdese que incidentalmente, se ha hecho antes mención del macizo montañoso del Suevo. Muy digno de ser anotado, en atención a la raza caballar conocida por *asturcona*, que es donde se conserva con mejores caracteres de selección.

Este hecho denota, que no es en las alturas serranas donde hay que fijar la atención ante la mezcla de castas que allí se observa, y sin que por otro lado, su número y representación suponga característica extraordinaria de orden alguno.

La condición del promontorio montuoso que avanza hacia el mar, denuncia la calidad y naturaleza del *asturcón*. Caballo de montaña, duro y fuerte, de paso seguro por intrincado que se ofrezca el vericuelo o sendero por donde camina, merced a sus patas cortas y membrudas; ancho de pecho y ancas, bajo de alzada, de robusto y corto cuello adornado por larga crin, así como su abundante cola. De color bayo en tonos variados, que llegan al castaño oscuro, es su pelo. De carácter arisco por naturaleza, se deja reducir a dócil mando de su dueño. En fin, de bonita y extraña

presencia, constituye hoy motivo de conservación su raza, como algo típico del país.

Y nada más de solípedos, porque si el tipo asnal en número es abundante, y presta los innumerables servicios a que le somete su modesta condición, es muy difícil dar con algún ejemplar que llame la atención. Y sin embargo, de su selección ¡cuántos buenos caracteres se hubieran logrado para realizar el duro trabajo, a que muy frecuentemente se le somete! Pero el abandono a que se le relega, los no muy buenos tratos que se le proporciona, el exceso de fuerza a que se lo obliga con la consiguiente pérdida de energía, son determinantes de sus numerosas mataduras; todo ello, muy a tono con la suerte que le depara el típico feriante, que con mucha labia y poco pienso, le surte de todo género de útiles y pasmosas habilidades.

OTROS PRADOS Y SUS DERIVADOS FINALES

Si mediante pronunciado salto se desciende de los altos pue-
tos montañosos a la costa en el concejo de Carreño o los perte-
necidos de Gijón y Avilés ¡qué diferencia más flagrante es la
que se aprecia entre la pradería y el ganado de altura, y aquel que
se apacenta con las frescas, jugosas y constantemente verdes hier-
bas que cubren la terraza que domina el sinuoso perfil marino!

Tales prados que por alguna adición de estiércol, adquieren
nada más que hasta cierto punto,—un también cierto sentido de
laboreo,—permiten sufrir los seguidos cortes de primavera, vera-
no, otoño, y alguno reservado para el comienzo del invierno, si
esta época no se muestra muy cruda; y todavía aquel tupido césped,
deja saborear directamente su producción a muy abundante
y variado ganado vacuno.

Entre la diversidad de tipos, resaltan los de origen holandés y
suizo a la par que abundan mezclas poco seleccionadas entre
aquellos tipos y los naturales del solar. Pero ejemplo que debe ser
anotado, y cada día con mayor representación, es el que muestra

la llamada *subraza asturiana de los valles*, que bien merece una breve referencia.

Con pelo que varía del rojo al castaño oscuro, precisamente los ejemplares cuidados y seleccionados, constituyen por su gran porte, pasmoso desarrollo y finura de pelo, un merecido caso de orgullo regional. El examen de algunos ejemplares causa verdadero asombro al ser contemplada la exuberante carga muscular muy en consonancia con el vigor y poder físico, que refleja de la mejor forma la potencialidad de los pastos. Si bien, justo es añadir, que el obligado complemento para motivar un desarrollo tan pronunciado es el pienso a base de harina o grano de maíz, como envidiable elemento de vida en la región. En resumen, la subraza indicada, constituye un soberbio modelo productor de carne y leche.



Pero entre los extremos del salto antes señalado, por cuanto se refiere al espacio comprendido entre las estribaciones de la cordillera y la faja propiamente costera, no puede decirse otra cosa sino que aquí y acullá, no cesa de repetirse una misma realidad; todo es vida y producción en sentido de su suelo, y los productos de él derivados.

Cimas y hondónadas, vallecitos y vertientes, todo, absolutamente todo el terreno da señales vigorosas de una notable vegetación espontánea.

Así sucede en la superficie de tipo forestal; así ocurre en aquella otra, en la que el bosque, quedó aniquilado—nunca mejor empleada la palabra,—por incomprensible criterio de generaciones precedentes, y hoy el brezo y la argoma cuando no son otros abrojos, cubren zonas de cierta extensión.

Pero brota esa vida vegetal sobre todo, allí donde por ser convenientes las condiciones del terreno, surge la casería, por modesta que sea, para regentar sus pertenecidos, situados a mayor o menor distancia. Y junto al cultivo que el labriego implanta en re-

ducida proporción, dedica aquél su atención con mayor amplitud al prado.

Es así como aparece la pradería media entre la alta y la costera; cuya vegetación crece por impulso natural merced a un favorable influjo climático, que interviene más directamente que la acción del labriego. En efecto, queda limitada ésta, por lo general, a un aditamento del llamado «cucho» del país, vertido podría decirse con usura, como quien siembra «perrines», pero con la ambición de recoger «pesetes», de no ser duros.

Son estos prados los que han quedado limpios de piedras sueltas, libres de zarzas y matorrales, de argomas y helechos, de brezos y espinos.

En los lugares un tanto pantanosos, acompañan al cespéd juncos y tifáceas. En aquellos otros un tanto húmedos, son los ranunclos y lirios, orquídeas, aros y liliáceas de pequeño porte, con saxifragas y plantagos, los que asoman entre la hierba que en su rápido crecimiento envuelve y agosta sus flores, en tanto las espigas y panojas de gramíneas, sobresalen del nivel general de vegetación.

En los prados dispuestos en declive, o aquellos localizados en sitios de menos humedad; brotan compuestas y labiadas, campánulas y escrofularias, etc.; e impurificando el conjunto y sobre todo el heno de su cosecha, aparece más de una quenopodiácea, que el ganado desdeña tanto en verde como en seco; y sin que muchas veces, no haya una mano capaz de separar esta mala hierba, que por abandono crece lozana, y sin nadie darse cuenta, invade el contorno.

Aparecen separados los prados unos de otros, mediante setos naturales que no merecieron cuidado alguno; o por muretes en piedra, allí donde la peña natural ofrece material adecuado y abundante para la cerca, cuyos linderos, de uno u otro tipo, tienen por objeto evitar el paso del vacuno de un predio a otro durante sus estancias de pasto o de sosiego.

La vida de este género de prado se traduce en obligado complemento de la vida de ese vacuno que, en su inmensa mayoría, es

producto de un mestizaje más bien orientado por capricho de sus propietarios y posibilidades labriegas, que por un verdadero interés de selección.

Pero justo es hacer constar, que ni el terreno se saturó de pradería, ni el prado llegó a saturarse de ganado. A este respecto, podría añadirse que todavía, y en buena hora, quedan por satisfacer posibles y complementarios elementos de vida de ambas naturalezas.

Es suficiente pensar al efecto, que esa mayor extensión en cultivo de prado—y por ende de ganado,—habría de traducirse merced a la vegetación florífera antes apuntada, en una más amplia riqueza vitamínica, que halla su expresión sintética, en la mantequilla que se obtiene en la casería por rudimentario procedimiento.

Semejante laboreo una vez desnatada la leche, queda reducido a un continuo batido de tales natas muy diestramente realizado por la casera; y a expensas del que se despide suavemente la leche de la manteca, que por momentos se endurece. Este amasado se continúa, hasta obtener la clásica forma ovoidea de amarilla manteca de leche, adornada superficialmente con simples y curvados dibujos.



Aunque no sea más que a modo de breve reseña, no es posible omitir como subproducto y derivado de la leche, la considerable producción asturiana en quesos.

Cada día más, se aprecia la ventajosa situación que adquiere la industria quesera en territorio astur, por su variedad y especialización.

Cierto es que todavía subsiste el tipo de elaboración en forma casi primitiva, y referible a algunas variedades. Tal sucede con aquellas que se producen en las majadas pastoriles; esto ocurre, por no citar otras, con la llamada de «afoga el pitu», áspera, picante y fuerte; esencialmente estimulante para el obligado complemento, a ser posible de vino de la tierra; y tanto mejor, si procede de los escalonados viñedos que adornan las rompientes, entre las que se abren los profundos valles de Cangas de Narcea y sus alrededores.

Otro tanto implica el típico y conocido queso de Cabrales, en-
vuelto mediante la seca hojarasca del castaño. Para su característico
aroma y pronunciado sabor, es «la sidrina» la que apetece como
obligado complemento.

Y el recuerdo de la sidra, trae a cuento, la clásica forma de su
bebida. Así, con típica postura en garbo escanciador, viértese des-
de la mayor altura que permite la divergencia de ambos brazos,
sobre la pared inferior de un inclinado vaso. Por interrumpido y
no copioso derrame, el choque del líquido lo devuelve—por bien
aereado,—en espumosa y aromática bebida, capaz de apeteecer y
colmar al más exigente y escrupuloso paladar sídrófilo.

Degustado el medio vasín, por excelente e incomparable que
sea su calidad, es de rúbrica, no verificar la total consumición; ver-
tiéndose al suelo con aire despreciativo el residuo último, para
cuyo desperdicio se halla aquél convenientemente mullido con
abundantes «forgaches», nombre con que se designa en el país, a
las virutas.

Pero volviendo al queso, cabe añadir, que con los expuestos,
entre otros tipos, no se trata de establecer un concurso de sibarita
significación; y, a fin de obviar el menor asomo de reclamo, no ha
lugar a dar cuenta de un buen número de delicadas elaboraciones.

De lo que se obtiene en consecuencia, que todas ellas rivalizan
en honrosa competencia, y denuncia a medida que la industria del
queso adquiere mayores vuelos, que el solar asturiano constituye
un centro productor de tal envergadura, que a poco interés que
se le asigne, puede constituir un verdadero y potente jalón de la ri-
queza regional.

UNA RENOMBRADA PRODUCCION

No ha sido dicha la última palabra, acerca de la producción
asturiana en cuanto a carne se refiere; ya que todavía nada se ha
señalado, con respecto al ganado de cerda. Y nada más que men-
tarlo, es suficiente, para considerar el hecho que entraña la crianza

del «gochu» en el país, como una institución casera, más que rural, dada su gran expansión.

Si tal concepto merece su cultivo, cual no es el alto grado que adquiere el caso de la matanza y sus aplicables consecuencias.

En este sentido puede deducirse que, si como antes se hizo constar, la vaca es algo imprescindible en el caserío, un complemento no menos esencial es el cerdo para la misma casa de labor. Aparte de aquellos ejemplares que son criados en el monte durante un cierto tiempo—caso que es el menos frecuente,—en general, la manutención del animalito se logra en período más o menos largo, a base de los desperdicios de cocina, la manzana averiada, la castaña podrida, etc.; o en otro estilo, el nabo y la patata en cocimiento, pero sin que falte a su debido tiempo para verlo rollizo, el maíz en grano y, sobre todo, en harina, como elemento propicio para su cebadura.

Si se trata de la economía casera, la grasa es producto imprescindible, y la selección como la manutención se encaminan al logro de un amplio desarrollo del animal en peso, a base de tocino y manteca.

Pero desde el punto de vista industrial, una vez satisfechas las necesidades del caserío, ni la selección ni los cuidados son tan atendidos. Además, es el tipo muscular el que interesa conseguir, ya que la exportación no implica la calidad, en la forma que la requiere la costumbre doméstica, siempre más exigente.

Mas no es cosa de insistir en cuanto significa este cultivo, desde el momento que todo el mundo está convencido del absoluto beneficio total que reporta.

Y por cuanto a Asturias se refiere, el renombre de los productos—de este género de ganado, aún a costa de atribuir a Avilés lo que es de Tineo, pongo por caso,—y exportados a lejanos lugares, es el mejor exponente de la calidad y cantidad que cada día más y mejor avaloran su procedencia, en tanto para los productores, tanto en vivo como en derivados, es objeto de pingües ganancias.

El suelo asturiano, por cuanto puede desprenderse de lo que hasta ahora aparece con él relacionado, permite expresar, en resumen: Tierra de pastos, leche, manteca y queso; tierra de carne. ¿Se puede pedir más?

Véase a continuación, lo mucho que todavía debe Asturias a su suelo.

LAS FLORES Y LA APICULTURA

Ha sido expuesta precedentemente en amplia generalización, una buena serie de los numerosos tipos florales, que integran la flora del género de vegetación afín al prado natural.

Constituyen dichas flores, de tintas bien marcadas y matices diversos, un poderoso motivo de atracción para numerosos insectos, que involuntariamente contribuyen con sus visitas de flor en flor a la fecundación de éstas. De entre los insectos, merecen destacarse por utilidad y provecho de sus productos, a las abejas.

Y colmenas hay en Asturias, podría añadirse, desde que aquí hubo flores y abejas. Pero representa muchísimo más proporcionalmente la abundancia de flores, que el número de colmenas hoy existentes; de cuya circunstancia se deduce, que el número de colmenas puede ser multiplicado por factor bastante elevado, y el resultado supondría una magnífica fuente de saneadísimo ingreso.

Conviene sentarlo así, ya que el cultivo de las abejas, bajo el aspecto de la afición, de entretenimiento, o de negocio, en todo caso, origina un beneficio inmediato como pocos otros cultivos, puesto que nada se expone en él, y muy poco representa la conveniente instalación del colmenar.

Es uno de los ejemplos, en que la propia Naturaleza, derrama con toda esplendidez los productos elaborados mediante esa admirable y prodigiosa colaboración mútua entre el suelo, la planta y el animal. Y en definitiva, el producto elaborado por el último

artífice, encierra ese potente manantial nutritivo en la vitamínica miel, o en la constructiva cera del panal, cada día ambos derivados con mayor número de aplicaciones.

Es suficiente detenerse a pensar un momento en lo que en nuestros días supone la escasez de miel, o implica el valor de la cera, para deducir la capital importancia de semejante mina, dispuesta al aire libre, y que ventajosamente se ofrece a todo individuo, que quiere dedicarle nada más que un poquito de atención.

Bien es verdad, que como toda empresa, tiene sus quiebras; pero sus reveses son muy contados, y el fallo máximo se refiere a la posible reducción de vida individual en la colmena; tal sucede en nuestros días con la numerosa destrucción de dichos centros de trabajo, por enfermedad y muerte de sus mantenedores.

Por lo demás, la factible reducción que puede sufrir la flor por inclemencias climáticas en una zona y en un tiempo determinado, es admirablemente compensada por el instinto animal, que aun a costa de mucho esfuerzo, se lanza a insospechadas distancias, en busca de la materia prima.

Su recolección ha de constituir la base inicial de sostenimiento y proliferación de la numerosa colonia, puesto que en cumplimiento de la imperiosa necesidad impuesta a todo ser, provee tanto a sí mismo como a la descendencia. Esta, en su inmensa mayoría es de origen partenogenético; es decir, mediante innata facultad germinativa del nuevo individuo, de ser engendrado y desarrollado sin necesidad de inicial y previa fecundación ovular.

Y como antes se apuntó, es realmente flor lo que abunda en las praderas y rincones asturianos. Así, aún antes de que la abeja abandone sus cuarteles de invierno, se descubre en el paisaje el amarillo pajizo típico de la argoma, o el copioso dorado de la tupida Mimosa; flores que la obrera apícola no frecuenta, no sólo por la avanzada estacional en que rompen sus capullos, sino por la disposición coroliforme que impide una provechosa libación.

Pero sus corolas como las de la humilde violeta, denuncian la inmediata primavera, momento en el que ha de iniciarse el cada

vez más rápido y flamante viaje de ida y vuelta, mediante pasmosa contienda individual en el ajetreo recolector, en tanto perdura la flor, con luz y buen tiempo.

Es así, que aún entrada la otoñada, y mientras los brezos tiñen de viola purpúrea las vertientes y cimas montaÑeras, acude afanosa la abeja hasta último momento a las diminutas anforitas que como verdadero enjambre, se muestran con sus enhiestas corolas urceoladas.

Al hablar de la abeja, no puede menos de recordarse, como por innata inclinación—y a veces como muestra de incultura,—se aprecia la prueba de una inconsciente destrucción de insectos, sin paramientos en reconocer si se trata de seres benéficos. Hora es ya, que por cuanto toca a la abeja, se vea libre de la persecución infantil, cuya actitud en más de una ocasión, se encuentra vengada con la ponzoña dolorosa inoculada por el aguijón

Frente a tan erróneo criterio, cuanto más eficiente resulta el acostumbrar a los pequeñuelos a respetar a las abejas por todos conceptos, inculcándoles la idea de su inmenso provecho para el hombre; en vez de aquella otra acerca de la picadura que ocasiona, porque útil y pacífica es la abeja, en tanto no se la instigue.

Y como todo animal que aprecia afecto y protección, demuestra también la abeja el reconocimiento a su cultivador, ventaja que facilita considerablemente las manipulaciones de todo género a que se presta y requiere su cultivo.

Bien merece por todos conceptos la colmena una mayor atención, traducida en despertar la afición hacia la abeja, productor que como algún otro, nada pide y todo bien reporta. Lógico es por tanto, proporcionar un magno impulso a su cultivo, como fuente que puede y debe conceptuarse de riqueza todavía virgen.

EL CONEJO DOMESTICO EN ASTURIAS

Suelo húmedo y ambiente templado, como antes se indicó, son los factores climáticos en Asturias que proporcionan la exuberante

vegetación herbácea. Clima, a la vez, apropiado para el desarrollo de toda una gran variedad cultivada de coles, a cuyas grandes hojas no se les da muy frecuentemente, otra aplicación que su lamentable abandono.

He ahí con ambos elementos, lo único que precisa la alimentación del conejo doméstico; y por mucho que consuma, bien puede asegurarse que no hay miedo que en recinto astur se pueda carecer de tan indispensables y simples motivos de manutención.

Pues bien, si nada más que una cuarta parte del número total de caserías asturianas, contase no con una pareja de conejos sino con una hembra; y a su vez, una cuarta parte de la cuarta antes citada contase con un macho; teniendo en cuenta la prolificidad del conejo, puede deducirse sin error, que al año de cumplirse la implantación de esta serie de conejeras, había producción suficiente para comer conejo a diario en todas las moradas asturianas.

Véase por tanto, si no es abandono manifiesto por parte de muchas gentes del campo, no dedicar cada día unos breves instantes al cuidado del conejo doméstico.

Obtiénese en consecuencia, que con nada más que un poco de afición, otro poco de buena voluntad, y mediante una constante selección que inspira el propio cultivo, es forma de lograr carne en abundancia con manifiesta baratura de producción. Y cuidado que, en los días que vivimos, constituiría semejante caso un beneficio inmenso.

Y no solo conviene fijarse en el provecho de la carne; téngase en cuenta que el aprovechamiento de la piel, en particular de la procedente de aquellas variedades bien cuidadas y seleccionadas, admite tal variedad de tinte y camuflación, que ¡cuántas de las vistosas pieles que se admiran, no son otra cosa, que pieles de conejo!

Para terminar, no está de más deducir, que del cultivo del conejo doméstico en Asturias con la amplitud de que es factible y querido, y puesto que su gasto cabe calificarlo de insignificante

por la naturaleza de su alimentación, se puede llegar a obtener un insospechado rendimiento.

PALMIPEDAS DE GRANJERIA

A primera vista, podrá parecer un tanto desprovisto de oportunidad para cuanto supone interés por la campiña asturiana, el asignarle al enunciado, el amplio carácter que ofrece el concepto de granja.

Y a este propósito conviene advertir, que no se trata de aves cuyo cultivo implica un establecimiento de tal envergadura.

En este criterio, no puede menos de señalarse, que si en tiempos pasados y por cierto no muy lejanos, se hubiese dado nada más que una docena de personas, de esas que difícilmente encuentran un quehacer en todo el día; es decir, de las que su atención se encaminó durante años y más años, a no otra cosa que a la preocupación—o el deber, que todo caso se da,—de «pasar el tiempo». ¡Ah si tales señores de todos tiempos, hubiesen tenido la feliz idea de montar cada uno en diferente zona asturiana una pequeña granja, sin grandes vuelos ni tampoco elevados dispendios!

Seguramente, que aquel pequeño negocio que se habría iniciado a modo de entretenimiento, como verdadera prueba, poco a poco hubiera rendido sus frutos, y para estas fechas supondría un portentoso caudal de saneados ingresos.

Pero no es este el punto de vista que más debería haber interesado y convenido desenvolver; con ser esencial para el interesado y sus descendientes, y envidiable para otros muchos, que con gusto hubiesen seguido tales pasos.

El mayor beneficio habría sido logrado, por cuanto semejante empresa hubiera servido de estímulo y enseñanza para el labriego modesto; para el casero que, entonces como ahora, no cuenta con grandes medios pecuniarios para desenvolver cumplidamente un empeño de este género.

Pero aquella falta de iniciativa, aquella excesiva comodidad, o

aquella abulia que solo reflejaba egoísmos, dió ya sus frutos, cada día más amargos; y se presentó, hace ya tiempo, la hora de las lamentaciones. No es cosa de ofrecer a éstas, una endecha más; de las que una y otra vez, se les ha dedicado.

Y así las cosas, llega hoy la Diputación asturiana, con sus proyectos agropecuarios, a tratar de remediar esa ausencia de iniciativa privada que tanto se ha echado de menos; cuyo lamentable resultado, es, la rémora con que el labriego cumple su cometido, por no haber tenido a tiempo un mentor o una caritativa mano, que le hubiese guiado con acertada orientación en los numerosos problemas que, aunque parezca otra cosa, plantea la casa de labor en su desarrollo agrícola y zootécnico.

Y precisamente, al objeto de proporcionar a esta casa nuevos elementos de vida, con muy poco trabajo, sin ningún sacrificio pecuniario, y valiéndose de lo que el propio suelo ofrece; se establece la propuesta del cultivo de esas aves palmípedas domésticas por las grandes ventajas que aquél proporciona, y que para el caso merecen el concepto de aves de corral.

Esto ocurre con el pato, el ganso, la oca, como más comunes y mejor conocidas.

Señalando una vez más los agentes de humedad y hierba, se refleja el favorable ambiente para cubrir las necesidades de unas cuantas razas de aquellas aves. Si a ellos se añade la presencia de un riachuelo, o de un modesto regato, o simplemente de un adecuado depósito de agua, es circunstancia que coadyuva eficazmente al entretenimiento de sus aficiones. Y no se diga que en el ondulado suelo asturiano, deja de haber muy próximo a la casa, uno de estos reductos de agua.

Gansos y ocas, verdaderos guardianes caseros, no es el plumón y su carne lo que más interesa. En tierra de mantequilla abundante, está pidiendo ésta su complemento en el hígado infartado de aquellos para la preparación del «foiegras», cuyo consumo tanto aumenta sin poder dar abasto a sus pedidos.

No se ha detenido el labriego a pensar, en el ventajoso cultivo

del pato. Por un lado, aparece tal ave, como incansable consumidor de caracoles y limacos con excelente resultado para los cultivos, en particular los hortícolas, puesto que sus plantaciones son bastante más respetadas que por el escarbo gallináceo. Por otro, es productora abundante de huevos. Y posiblemente por concepto más valioso, como de más fácil y más rápido desenvolvimiento que el pollo y con menos riesgo de enfermedad que éste, le aventaja el pavipollo en la facilidad de manutención, que no requiere el grano con la imperiosa frecuencia del que amenudo aparece, como hermanastro en una misma camada.

Y después de todo, allí en la minuta del restaurante, donde dice pollo con mucha claridad, son muchas las veces en que se ofrece pavipollo al momento de ser servido; y sin que a los comensales se les ocurra advertir en el juego del anca, si ésta corresponde a lo que lee, o a lo que gusta.

Cuanto antecede, tiende a demostrar el provechoso rendimiento a que conduce la cría de estas palmípedas en la casa de labor, aún en corto número. Pero si éste aumenta en el futuro, será entonces ocasión de apreciar con esplendidez, el magnífico provecho que de su cultivo obtienen ya, los pocos labriegos que hoy en día le dedican por afición sus atenciones y cuidados.

OTRO FILON DE RIQUEZA RURAL

Si al referir uno tras otro los motivos de vida que atesora la casa de campo, y como tales tesoros, determinantes de un señalado bienestar que fácilmente se reconoce, sobre todo, si se compara la economía del labrador y la propia del jornalero industrial. Si al exponer tales favorables resultados, atendiese a su relación uno de esos numerosos labriegos; seguramente, que la consecuencia que de sus labios brotase, no había de ser para manifestar su satisfacción, sino sencillamente, para lamentarse una vez más, de que tales beneficios son la continúa causa del aumento de las contribuciones...

He ahí la preocupación constante que mantiene el productor rural; y muchas veces embaucado con la sencilla fórmula mediante la que, según su criterio, le arrebatan los cuartos, se deja conducir por lamentable desaliento; que más que en resquemor—que no falta,—hacia el funcionario encargado del fisco, se traduce a veces, en marcada ausencia de celo e interés en provecho de la producción.

Con todo, a regañadientes, abona sus cuotas; pero al mismo tiempo que lo hace—comenta para su caletre,—que en muy breve plazo, logrará obtener aquella cantidad corregida y aumentada, a costa de los productos de sus tierras. En suma—a los efectos consiguientes,—que no es precisamente el labriego, quien resulta exclusivamente pagano.

A pesar, pues, del equívoco tan generalizado en que se produce y mantiene el labrador acerca de semejante estado de cosas; no es posible dejar de sostener la afirmación precedente a estas sugerencias, al considerar como filón de riqueza, a una flamante realidad tanto de hoy como de ayer, a la par que puede ser mucho más ampliado para el mañana.

Y dicha realidad no es otra, que aquélla que se refiere particularmente en suelo asturiano, al cultivo y beneficio obtenido de la gallina.

Es suficiente con enunciar el hecho, puesto que no es necesario llevar a convencimiento de nadie, cuanto representa el alcance económico de esta sencilla empresa rural. Y convendrá hacer constar, que por merecer casi exclusivamente, la atención del ama de casa el entretenimiento de tales labores, resulta que el recto criterio hacendista de la madre de familia, contribuye más directamente a procurar un más saneado rendimiento.

Si los resultados que la actualidad nos ofrece, demuestran palpablemente que, aún en tiempo de cierta escasez de maíz, se repone y aumenta el número de gallinas de aquel otro exíguo, que dejó viviente los azares de la pasada contienda en este solar; fácil-

mente se llega a la conclusión, de que las condiciones del ambiente son propicias al desenvolvimiento avícola.

Esta favorable circunstancia climática, contribuye notablemente a la subsistencia del gallinero en la corraliza casera; su aumento tiene lugar a medida que los productos obtenidos lo permiten, y de su aprovechamiento no dejan de participar con frecuencia los familiares del caserío.

Pero con lo actuado hasta ahora, no debe darse por satisfecho el impulso femenino hacia la cría de la gallina; puede y debe lograr con mayor empeño, así también, máximos frutos.

Por que es de tener en cuenta, que a los efectos propuestos, es la casería el elemento propulsor, ya que a la granja avícola a este respecto, compete otra misión; es, áquella, que más que al negocio y aún a base de pérdida, debe atender a que sirva de esencial enseñanza y modelo de aprendizaje, en selección de razas y condiciones de desenvolvimiento.



Muy breves consideraciones, acerca de las palomas domésticas en Asturias. Se trata de región, en la que la afición ha dado muestras bien manifiestas de su celo e interés por raza propiamente mensajera. En otros casos, han sido variedades de más o menos llamativo plumaje, las que han merecido el gusto y entretenimiento de sus poseedores. Y únicamente en reducida escala, aunque extendida considerablemente entre caserías de campo, y particularmente en casas de pueblos y aldeaños de poblaciones, ha sido atendido con interés en cada caso, un corto número de parejas.

No deja de ser extraño como la atención a la paloma, en particular a razas de gran porte y continúa producción, no han arraigado más en tierra asturiana; y más aún, con cultivo de la paloma a plena libertad, ya que esta acostumbrada modalidad no ofrece dificultades en este solar. Es ello debido, a que no se presenta en Asturias como en la meseta, el inconveniente de los cultivos de ce-

reales y leguminosas inmediatos al caserío o poblado; circunstancia que al mantener las palomas en libertad, da lugar a quejas e incidentes entre propietarios de palomas y sembrados. A nada de esto conduce, el laboreo del maíz.

Posiblemente, la carestía del cereal asturiano por excelencia, ha contribuido a la disminución observada en este género de cultivo.

Sin embargo, el precio de venta de los productos es suficientemente remunerador, para salvar aquella elevación de precio en el maíz. Pero lo que ocurre lamentablemente es que el aficionado modesto como son la gran mayoría, y que es el propagador más eficaz de este cultivo, se dedica a la cría para directamente aprovechar sus productos, viéndose en la obligación de suspender su palomar ante el problema económico que las circunstancias le han planteado.

Y esa afición es la que conviene mantener, para que poco a poco, incremente sus efectos hacia una rica producción.

OTROS CULTIVOS DE PRODUCCION VEGETAL

En ocasiones precedentes, se ha señalado al suelo asturiano como emporio de vegetación espontánea, capaz de constituir por sí mismo un vivaz y fecundo cauce, mantenedor de la abundante fauna doméstica que gravita a expensas de sus elementos nutritivos.

Pero las mismas favorables condiciones presenta dicho suelo y su ambiente, para servir de arraigo a otra serie de producciones vegetales; tanto en terrenos dispuestos para el amplio cultivo, como en aquellos reductos en los que éste adquiere el carácter propiamente intensivo.

No es posible—como antes hubo de suceder para los cultivos animales,—detenerse a enumerar en trabajo de índole del presente, la significación de detalles y fijación de características específicas de producción.

Y si semejante tarea no es hacedera, tampoco es factible la de

exponer datos estadísticos, que reflejen el incremento que tales cultivos han experimentado según normas y medios empleados para cada caso, en periodos de variable duración.

Se trata al objeto propuesto, del mero relato de una buena parte de cuanto en Asturias constituye venero de riqueza. En este sentido, no pueden dejarse de señalar aquellas producciones rurales cuyo desenvolvimiento patrocina el labrador asturiano, desde el momento que abre la hoyada o el surco donde depositar la plántula o semilla, hasta el instante que recoge, como premio de su trabajo, el fruto con que le obsequia agradecida la tierra de sus sudores.

A tal objeto, ocupa el primer plano, un cultivo ya aludido precedentemente. Se trata del maíz, cuya semilla merece todo género de aplicaciones en el vasto campo a que es dedicada en la alimentación animal. Y así, debe ser considerado como uno de los cimientos básicos de la vida y sostén del caserío.

Grande es su producción, y sin embargo, podría ser mucho mayor. Si a un género de cultivo más metodizado, se uniese un más decisivo rendimiento para el trabajo, no hay duda que las cosechas llegarían a ser pasmosas; y en condiciones de evitar una buena parte de la obligada dependencia de importación de grano, por lo general, mediano y no económico.

Y si como cereal, puede decirse que es el todo en el ambiente astur; posiblemente, no ha llegado a ejercer toda su beneficiosa influencia, y en adquirir el consiguiente rendimiento como jugoso y fresco forraje para el vacuno, empleo que significaría una muy superior área de producción.

En suma, riqueza actual que mediante un destacado impulso de selección y trabajo, podría incrementar el ciento por uno y aún más, que hoy expresa la doble o triple mazorca por planta, en el notable maizal asturiano.

Pero si el ambiente es propicio para el maíz, no lo es tanto para el trigo, cuyo cultivo nunca llegó a alcanzar la producción actual.

Bien puede suceder, que el mayor cuidado que exige el trigo, haya sido causa determinante de una menor atención, o cierto desvío a su siembra, por parte del labriego. Señálase así el caso, en atención a que, cuando las circunstancias lo imponen como ocurre en nuestros días, el cultivo de «la escanda» se ha generalizado e incrementado considerablemente.

En efecto, dependiente Asturias de la producción triguera de la meseta, satisfizo en parte sus necesidades a expensas de la zona castellana, en tanto el cupo restante era logrado merced al tonelaje triguero de importación.

Pero la penuria harinera actual llegó a tocar a rebato; y ante la sentida necesidad, primero el labrador para cubrir las propiamente familiares, y después para invertir el exceso cosechado en atender a muy apremiantes solicitudes, amplió el terreno surcado para «la escanda».

Los ventajosos resultados obtenidos, indujeron al aumento del sembrado del codiciado cereal para la siguiente sementera. Y así, un año tras otro, pero sin llegar a la media docena, se aprecian cerros y vertientes, cimas y collados, muy frecuentemente salpicados de heredades más o menos regulares, que desde la primavera pregonan el rápido desarrollo escandal. A medida que recibe sol espiguela en verde, para adquirir una vez entrado el verano, el tono pajizo tostado, que marcadamente descuella, y si se quiere di-suena, del verde cuadro general. Es el momento oportuno, en que del quebradizo tallo, se corta la espiga que atesora el grano de un día, y pan del siguiente.

Hoy, ya no es el labrador, son los terratenientes los más interesados en que aquél no abandone «la escanda»; y no faltan propietarios que convienen con «el llevador»—o inquilino de la finca,— forma y modo de dedicarle mayor amplitud de cultivo.

Es así como del modestísimo plano quo ocupaba hace diez

años la siembra de escanda, en particular allá en Occidente, se vea hoy avanzar por todas las zonas, constituida en elemento de primera necesidad; en consecuencia, ha sido suplantada, en parte, la harina de maíz para menesteres análogos.

¿Servirá esta condición de crisis harinera, para que en lo sucesivo, dedique Asturias cierta predilección hacia sus típicos trigales?



El incremento de terreno cultivable ha impuesto una, por obligada, previa labor.

Consiste ésta, en la roturación de terrenos incultos que por sus favorables condiciones de orientación y situación, a veces inmediatas y otras a cierta distancia de terreno de labrantío, han merecido pasar a la nueva categoría de producción.

Estas tierras frescas y desfondadas, que han recibido en su seno los detritus de combustión de todo género de vegetación preexistente, constituyen un adecuado medio, y excelente preparación para el cultivo de la patata. Diríase que esta solanácea, con que se inicia el cultivo en el área que ocupó el antiguo bosque desmochado, o el erial cubierto de enmarañada maleza, recibe con fruición al terreno virgen, a cuya producción se somete el tubérculo. Pero es más, este previo laboreo del patatal, coloca y deja a la tierra en condiciones de muy adecuado medio para la sucesión de otro género de cultivo.

E incidentalmente, se ha puesto a consideración otra producción asturiana, la patata. A este respecto cabe reconocer, que las imperiosas necesidades de hoy día, han obligado a obtener en este solar una más elevada producción de dicho tallo subterráneo.

Esta circunstancia viene a demostrar, que la producción precedente era escasa, sin llegar a cumplir en mucho la necesidad de la región. En efecto, surtiase en gran parte la población astur, de la sobrada masa recogida en zonas gallegas.

Sin duda que esta feracidad del solar galáico para la patata, no

tiene por qué ser envidiada por las tierras astures; pero justo es reconocer, que en la intensidad de trabajo de los factores de producción, es donde hay que hallar la diferencia, a favor de la región vecina; y sin que este parangón no quiera expresar otra cosa más, sino que el labriego en Galicia siembra y trabaja para llenar la propia necesidad, y un resto superabundante para dedicarlo al beneficio de venta. En cambio, en Asturias, el campesino se reduce a limitar la producción casi exclusivamente destinada al propio consumo, quedando los intereses colectivos en este aspecto un tanto abandonados.

Véase pues, que un mero cambio de táctica, el hecho de implantar un tipo de trabajo más intensivo, aparece como circunstancia prometedora de óptimas ganancias.



En todo cultivo de ciclo anual, y especialmente en los que participan de cierto carácter intensivo, la primera condición que se impone para iniciarlos, en particular para desenvolverlos en sucesivas cosechas, es lograr la semilla seleccionada.

Todo lo que no sea realizar esta imprescindible elección del elemento productor, es cultivar cada año caminando de sorpresa en sorpresa, resaltando con mayor desilusión la última fase, con la consiguiente aparición del estigma degenerador de la planta.

Pero la tarea seleccionadora no es precisamente la más grata para el casero; por lo general, la desdeña por considerarla laboriosa, y lo que es más lamentable, la estima en no mucha utilidad.

Ante la realidad, sin embargo, no deja de reconocer en efecto, que es conveniente una variación de semilla en la sucesión de cultivos con respeto al terreno; es decir, que no considerando acertada la repetición de siembra en la misma tierra que produjo la semilla, procura adquirir ésta entre sus convecinos, para los que cuidadosamente, no deja de examinar las semillas logradas en las cosechas de sus amistades.

Y se convence, que tal o cual semilla, encierra condiciones especiales, aceptables y convenientes. Mediante esta observación, en realidad, lo que ha llevado a cabo es una selección; todo lo simple que desde un punto de vista científico puede parecer, pero que al fin, le resuelve a utilizar para la siembra, un factor germinativo en el que cree reconocer las más típicas cualidades.

A parte de la generalización que supone el vulgar sistema expuesto, viene su enunciado muy apropiado, para referirlo en buena parte al cultivo asturiano de las alubias, conocidas por «fabes» en el país.

El cultivo se muestra bastante extendido, la producción es considerable; y sin embargo, aquél y ésta pueden y deben alcanzar mayores proporciones. Lo pide el consumo, lo imponen las circunstancias, lo requiere el abaratamiento del producto, por exigirlo el abastecimiento específico como base esencial de alimentación para todo un cúmulo de gentes de modesta condición.

A estos efectos, cuando se observan los frondosos maizales asturianos, entre cuyos erguidos tallos arraigan las plantas de alubia, no puede menos de sugerir sobre todo aquel entrecruzamiento posterior, que el exceso de plantas de una y otra especie se roban mutuamente—con evidente perjuicio recíproco—los beneficios de sol, luz y aire.

De otra parte aquella verdadera maraña, permite el desarrollo de abundante vegetación herbácea—de la que no fué desposeído oportunamente el suelo,—y con cuya presencia, las especies cultivadas de raíz poco profunda, dejan de percibir una cierta parte de jugos nutricios.

Ante la falta de unos y otros elementos esenciales de vida, sufren ambos motivos de cultivo perjuicios evidentes; que, en definitiva, se reflejan en un excesivo desarrollo vegetativo que les priva de una floración fecunda, y por tanto de una fructificación no lograda en condiciones normales y convenientes. En una palabra, que lo que en parte se puede considerar como un cierto abandono

de laboreo, trae en consecuencia, una notable reducción en producción.

No se trata, por tanto, de un problema de aumento de superficie cultivable para mejorar el rendimiento; lo que se impone, es una intensificación de laboreo. Y puesto que la superficie empleada no constituye gran extensión, es el mismo terreno que en la actualidad se cultiva lo que ha de merecer ese cuidado, ya que todo gobierno del cultivo es expresión de mayor producción de flores y frutos.

Así pues, menor número de plantas, mejor soleadas, con más aire, y sometidas a una más solícita atención, son antecedentes obligados para que la alubia, en cualesquiera de las diversas variedades que en Asturias son cultivadas, adquiera un buen tamaño, sea de grano igualado, mejore en calidad, y sean contadísimas las semillas raquílicas e inaprovechables para el consumo.

Para conseguirlo no hace falta más que la animosa resolución, de manos a la obra, en busca de ese repetido vergel entretejido por la alubia, y asiento de riqueza que supone cada maizal asturiano.



Sería inoportuna referencia incluir a continuación, aquellas circunstancias que concurren en otros cultivos de menor interés, desenvueltos en tierra astur.

Sin embargo, hay un ejemplo que merece algunas palabras, no solo por el provecho que reporta, sino muy en particular porque extendido y bien orientado, puede constituir un positivo manantial de beneficio. Se trata, del cultivo de la fresa.

Son las condiciones climáticas de la región muy apropiadas para el desarrollo de la llamada fresa de monte; es decir, la pequeñita, fina y aromática que de Junio a Julio según lugares y altitudes, aparece fuertemente colorada entre hierbas y flores del campo. No obstante su abundancia, no es apreciada en Asturias en la forma

con que así se denota—y alcanza enorme consumo,—en otras regiones nortañas.

Así también, son favorables aquellos factores climáticos para la producción de las variedades cultivadas, las que a su vez son bien estimadas por la población.

En cuantas rinconadas protegidas y bien soleadas, que tan frecuentes son en tierra astur, sobre todo las propias de la faja costera y zona de altitud media, aparecen reductos esencialmente férciles tanto para fructificar como para la posterior proliferación asexual de la especie; así, los estolones de multiplicación, permiten un medio rápido y seguro de expansión del cultivo.

Es cierto que, para que la producción sea sumamente remuneradora, requiere un cuidadoso cultivo; limpieza de toda hierba, adición de estiércol fresco y menudo. Y en período de cosecha, actividad diaria de recolección del fruto madurado, dejando aquéllos que no han alcanzado este grado, para que sucesivamente de todas las flores de la planta se logre la fructificación en un período de tiempo que puede alcanzar al mes; y aunque como es natural, los últimos frutos no adquieran el volumen y calidad de los primeros. En esta escala natural de producción, y su lógico aprovechamiento, estriba la condición esencial para lograr un verdadero negocio, en atención a las circunstancias en que se desenvuelve el mercado.

Por cuanto concierne a la exuberante como posible producción astur, no debe olvidarse la conveniencia de una exportación de carácter extraregional. Y a los efectos de un codiciado rendimiento, que en muchos veranos puede ser factible, no deben abandonarse las atenciones del frenal, a fin de conseguir la fructificación de la que se llama segunda flor; así en agosto, y aún más adelante según las localidades, permite una segunda cosecha que si no muy abundante, es esencialmente remuneratoria por el elevado precio que alcanza, dada la época de producción.

En cuanto precede se ha tendido con predilección, a destacar, como la Naturaleza cierra sobre el suelo astur un ambiente de franca prodigalidad, que permite la posesión de una serie de productos especulativos de positiva riqueza regional.

A su vez, coadyuva a estos complementarios fines, la numerosa serie de cultivos intensivos, propios del laboreo hortícola. Reflejan tales cultivos una producción, al parecer, reducida; pero nada más inexacto, puesto que prueba de su vital y amplia realidad, es la de surtir a diario el consumo del caserío; además por incremento de cultivo, contribuye a la cotidiana visita del mercado urbano. Y con productos frescos, por arrancados recientemente del puñado de tierra, a la que por todos estilos se mima, es así como se llega a conseguir anticipos o retrasos de producción, que permiten obtener más elevado ingreso.

Toda la gama de producción de huerta en gustos norteños; toda la gran variedad de jugosa vegetación que aparece repartida en sementeras y cuadros del área inmediata al caserío, a la casa de campo o a la emperejilada «villa», es manifiesto exponente de lo que el suelo, su abono, y una interesada atención, consiguen producir mediante recíproca colaboración.

Con todo, por su carácter de reciente impulso, merecen ser revelados dos nuevos cultivos; su prueba no es de ahora, ya que hace muchos años, aunque en limitadísimo rango, se significó un excelente resultado.

Son los cultivos de la soja y del tabaco. El margen de ampliación que ambos han experimentado recientemente, confirma hoy una vez más la potente realidad, que augura un creciente éxito y un triunfo económico para días venideros.

Pero antes de dar fin al breve comentario a que da lugar la producción hortícola, conviene señalar, que es de máximo interés dedicar muy preferente atención a la forma y sistemas de cultivo intensivo hortícola, en particular por cuanto atañe a un adelanto en la producción, en relación con las cotizaciones de los

productos, y muy en especial con los tipos de obtención de aquélla.

Puede contribuir a tan conveniente mejora de modo decisivo, el clima típico de Asturias, suave y templado en gran parte de su recinto costero, que favorece una marcada intensificación de productos hortícolas en variados períodos estacionales; y con vistas a un positivo rendimiento que, sin género de duda, debe de ser muy tenido en cuenta por el casero rural.

Una atención semejante debe merecer con amplitud de producción, la arboricultura frutícola tan frecuentemente ligada a la casería.

A su sencilla multiplicación por el simple método de la estacua, se ofrece ese favorable clima antes aludido. Y así, es sencillamente el propio labrador, sin necesidad de recurrir al experimentado horticultor de profesión, quien debe decidirse a hacer uso del procedimiento del esqueje para numerosos casos; ya que así también, son numerosos los ejemplos que, en los recintos de los cultivos o muy cerca de los mismos, se ofrecen mediante esta forma en análoga producción natural.

(Continuará)